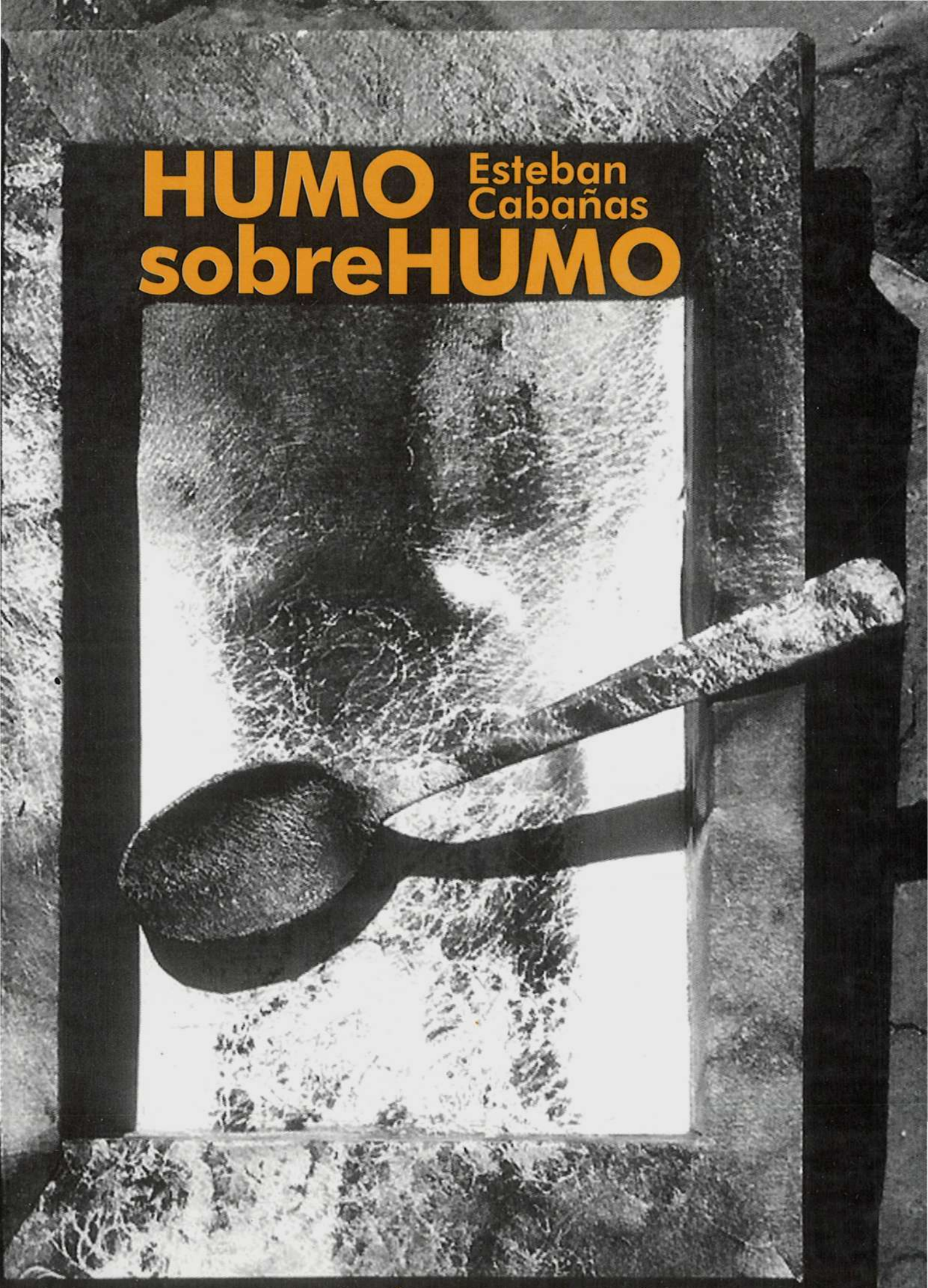
HUMO sobreHUMO

Esteban Cabañas



ARANDURÃ EDITORIAL

Diseño de tapa: Osvaldo Salerno
"Libro forrado de piel", objeto, 1996.
Colección del artista

© Carlos Colombino
© Arandurã Editorial
Tte. Fariña 884.
Telefax (595 21) 214 295
e-mail: arandura@telesurf.com.py
www.arandura.pyglobal.com.py
Asunción-Paraguay

Asunción, agosto de 2006

Esteban Cabañas

HUMO sobreHUMO

ARANDURÃ
EDITORIAL

a
Paulina
y Guido.

Agradecimientos a:

Ticio Escobar
Derlis Esquivel
Eduardo de Quesada
Lía Colombino
Milda Rivarola
César Aguilera
Regina Duarte
Osvaldo Salerno
Clarita Isasi
Cayetano Quattrocchi
Cecilia Rivarola

I

Un paisaje extendido bajo la ceja del viento que oculta la línea líquida, sumergida en el verdor, encerrado en sus tres costados, eludiendo la dirección de los vientos fríos y las tormentas eléctricas. Allí, en ese cañadón, está mi casa, instalada en medio de un conjunto de árboles reducidos y piedras rojizas. Rocas de un lecho hídrico, cantos rodados y poliedros superpuestos en una innumerable sucesión de barras, una encima de otra sin ninguna cohesión, salvo el apareamiento soportado desde hace millones de años. La casa se fue levantando con los cuidados de no obstruir raíces ni árboles que hundieran los cimientos de esas torres que atravesaban amplios cubos con aberturas, suspendidos en el aire. Un aire claro de vidrios tibios traslúcidos, depositaba sobre el pasto un vestigio de sudor. Los cambios eran constantes. Si el aire cálido se enreda en un eje líquido blancuzco, inmediatamente se enturbia y la bruma se instala al

apagarse el fondo de los árboles. Busco siempre a través de la superficie de los cristales la separación de lo exterior. Veo cruzar, así, un lampo entre los cerros, la parte inferior de una luna, y el silencio. Todo el silencio atrapado suavemente en esa ausencia. En el destello del río, que al pasar se borra y alarga una raya azul casi horizontal que cruza el agua. En el patio, asteriscos blancos puntean el pasto. Petunias silvestres. El cielo cae sobre la tierra y las flores titilan. Y en esa pendiente se abre, cruza en un tajo el verde amontonado, en un declive de piedras sosegadas, y lentamente se absorbe una densa tranquilidad que toma la forma de pétalos blanquecinos, estriados, que levanta en el centro un punto de luz. Aquí atravesamos una situación nueva: esa que da la sensación de que otras historias se están gestando en el mismo lugar. Escenas que se abren en una sucesión sin movimiento. Una forma insidiosa de la espera de un acontecer que se conoce de antemano. Algo va a suceder y no acaba de suceder.

Las señales habían estado, sin embargo, a la vista. Durante semanas se ha acumulado alrededor de la casa una verdadera montaña de piedras. Piedras

desperdigadas en pedazos ariscos, transportadas por enormes máquinas manejadas por hombres torvos, ausentes de sí mismos. Estos camiones depositaban, con una estruendosa caída, toneladas de material pétreo. Pero aun asediado por ese mundo atronador, cuando ese trajín arreciaba y los detritos y el polvo pululaban, yo me permitía el deseo de apaciguar el temor, atrapar el sosiego, el temblor de las hojas y los ruidos vegetales, mas aquel zumbido de motores instalado dentro de mi propia cabeza no me dejaba respirar. Se hallaba contaminado por un sistema ensordecedor. Sólo leer o hacer largas notas me calmaba el tumulto interior. O la música, que modifica el aire. Enterrado en un cansancio crepuscular, me puse a escribir frente a la tronera que había construido en el dormitorio. Luego de trancada la puerta de un tirón bien dado y bajo una iluminación exigua, me iba cerniendo en esas elucubraciones frívolas, cuando oí el timbre. En medio de la oscuridad, el portón difundía una luz inmóvil. Escruté a través del pequeño ojo de buey, y no vi a nadie. Los perros tampoco se dieron por enterados, sumidos en el oneroso sueño de la noche.

Me dejo llevar por esta lasitud nocturna. Desde el sillón de la terraza veo desmadejarse en el cielo una lluvia sosegada de partículas cósmicas. No quise pensar. Aun así escudriñé la entrada. Nadie. No había nadie. No pretendía esperar. La intuición impugnaba cualquier necesaria espera. Las amenazas que recibí durante la semana preparaban una sesión angustiosa. El espacio estaba intacto, casi congelado dentro de esa luminosidad cálida. Volví a escribir discurriendo con la pluma un enorme aburrimiento, buscando en el hilo de la escritura un vericueto interior que se pareciera a esas estrías antiguas que ya no se pueden descifrar. El plano del estanque relampagueó en un centro rojo que atravesó la carretera. Un sonido de motor expurgado en asmático resuello. Otra tonelada de piedra, sin duda.

Me acurruqué en el borde de la cama y tomé un libro. Una novela tediosa, un fardo literario. Me aparté de la lectura con el fastidio y el asco rutinario que acompaña la defecación. Algo vibró en el silencio. Volví a oír el timbre. Esta vez el sonido fue dado con una presión instantánea del dedo índice. "No habrá nadie otra vez", me dije. Y, en efecto, no me molesté siquiera

en constatar el hecho. Dejé el libro y apagué la luz. Cerré también la mente y me introduje en una sombra movida por grandes telones o espesos fangos untuosos, dejándome llevar por una ola que deposita en la playa el cuerpo de mi propio molusco.

En el recinto contiguo, la música naufragaba en un mar de lamentos. La música recorriendo escalones en el vacío, adelgazando el tono de melaza calentada por un sol frío. Pero, eso sí, se desplazaba bajo las mantas del sueño con el leve movimiento de peces moribundos y se detenía un rato para regresar en medio de una copa de cristal herida por un badajo o de anillos en un solfeo cada vez más abierto, en cierres sostenidos de pequeños serruchos en el tiempo. Y después, con igual ritmo, solventado por una voz de vientos, un toque de campana en tupidos bosques. Susurros de cuerda entre la niebla. Una nota alta con una frecuencia de pisadas en el timbal oculto. Vientos, ráfagas, algo que se alarga hasta la última oscuridad. No intenté escanciar esa gota final. Pues el sonido giraba repitiendo sin cesar la misma sílaba, el texto era imitado con esa monotonía atroz, constantemente.

Y cuando alguna letra se descuidaba, caía en el silencio; entonces, todo retomaba idéntico sendero casi al borde del precipicio convertido en un témpano sumergido.

Sentí encogido el corazón, apretujado; casi un papel arrugado a punto de tirarse al cesto. Esa era la locura, más real que los objetos de la casa. Incluso más presente. Las cosas que anuncian un destino aciago suelen diluirse en el espacio. Pero lo que se halla dentro de uno aparece como un ahogamiento de piedra.

El piano repetía una misma fraseología en la fatiga del pentagrama; un sonido que se desprende y empuja a otro descendiendo cada vez más abajo hacia esas sesiones de vigilia, en las que la cabeza apenas puede mantenerse enhiesta y se adormece y se inclina sobre el pecho doblegada por compases que el canto arrastra hacia el vacío.

Entonces el témpano, que no había cambiado de lugar, comenzaba a derretirse inundando la casa, inundando el pastizal más allá de los vidrios y los reflejos cambiantes de las hojas. Y las luces sobre el río, luces que trepan la línea ondulante de los cerros,

repitiendo en un Amarcord petrificado su paso deslumbrante.

Y de nuevo el timbre. Despegado de la presencia de la música. Un timbre irreal. Que busca ocultarse en otra cosa. Quizás en un instrumento de algún poema o una sonata. Porque, además, reniega de esos otros ruidos. No hay manera de sofocarlo sin aferrarse al sueño, tabla de náufragos. De pronto, pude escribir estas frases como conversando con las sombras:

"Sabrá usted que no pude conciliar el sueño. Me arrimé al vidrio que disponía dentro del amplio espacio un escenario espectral: al fondo, el portón de entrada que aún con su luz, la cual no se extinguiría hasta el amanecer, establecía una suerte de imagen carcelaria; corría, movido por un motor a control remoto, pero en ese momento permanecía inmóvil". Se había convertido, con sus barrotes paralelos, en algo tenebroso. Un perro blanco a la izquierda. Otro, marrón, en el extremo sur. De allí surgió una figura gris que lentamente avanzó hasta ponerse debajo de esa claridad suspendida. Se intuía un ir y venir de esa muchedumbre que trabajaba en los muros de los cuatro

costados, un hormiguero de rostros sin rasgos precisos. Se les habían borrado las caras y por un agujero emitían un carraspeo gutural.

Alguien dijo que el tiempo no es lineal y que se halla en una suerte de capas aisladas. La una desconoce la existencia de la otra, y a través de un contacto, la presión exhuma las últimas señales de los recuerdos.

–Hay canales –me dije– en cada lugar del tiempo.

En ese momento apareció una figura humana totalmente azul. De un azul acuoso. Tocada por algo trasparente, produjo con su mano derecha la aparición de círculos concéntricos multiplicados sobre el cuerpo de un hombre torturado. Un cuerpo que emergió de la tierra, casi vomitado a través de una rajadura.

Arriba se agregaron ventanas. En una de ellas apareció un reloj callejero, el enorme pico de un tanque biselado emergiendo detrás de la floresta y también un mórbido cráneo bajo un fascinante juego pirotécnico. Algo que suele suceder en los sótanos de la fiebre.

Pero todo se apagó después. Decidí salir al patio en la oscuridad total; avancé hasta el portón. Vi aparecer frente a mí a un militar. Lo supe más por el tono de su voz que por lo que tenía puesto. Era alto, de torso corpulento, amplio, semejante a esos juguetes de plomo. De su boca colgaba un labio inferior muy desarrollado hacia abajo, gordo con aspecto repugnante. Dijo: "Tendrá que abandonar su casa". "Sé –al observar mi casa actual– que no se trata de esta casa en la que vivo ahora y que yo, como interlocutor del personaje, me había convertido en mi padre". De alguna manera, en un camuflaje del rostro de mi padre. Una cosa que advierto cada mañana al mirarme en el espejo. Cada día voy acercándome al rostro de mi padre y en ese instante que estoy frente a la reja, ya soy mi padre, el rostro de mi padre muerto. El militar no espera la respuesta. Exige una acción determinada. "Esta casa nos la regaló mi cuñado, no tengo derecho a disponer de ella". Me oigo decir con la voz de mi padre refiriéndome naturalmente a la casa familiar antigua. "Usted no va a disponer nada. El que dispone aquí soy yo". Lo miré: "Déjeme consultarlo, Coronel", dije, más

para tomarme un tiempo que para pensar sobre el asunto. El militar a quien le di el rango de Coronel por las preseas que llevaba no tendría más de cincuenta años, se despidió con brusquedad. "Mañana espero tener la casa vacía", dijo. El traste que surgió al darse vuelta era inmenso, cuadrado, cubierto por una prolongación de la chaqueta cortada por un tajo. Se ilumina el espacio y es el día siguiente. Una adolescente rubia de la cuadra vecina llamada Leonor contó que ese Coronel le compraría esta casa. "La quiero para mí sola", lo que me obligó a imaginar la casa de mis padres. Esa casa construida detrás del recuerdo. Julia, que era una de mis hermanas, al enterarse de semejante situación, enfrentó a todos con la furia de mil demonios. O sea, enfrentó a mi padre. "¿Qué significa eso de vender la casa?", gritó. "Si es por darle gusto a ésa me corto el cuello. No me importa ese Coronel ni su pretendida". Se trataba pues de Leonor, la chica de catorce años, al gusto militar, rubia, de cabellos lacios, desparramados sobre los hombros. Era la querida del Coronel. Decir querida es un pleonasmo, una forma sarcástica que la realidad introduce en esos vocablos.

Ella tenía, sin embargo, una forma de ser que animaba el deseo. Una natural picardía le afloraba en la boca, en la que jugaba un brillo resbaloso que aludía a fruta, a carne dulce, de donde no había que esperar ninguna inocencia.

El militar la visitaba a menudo y en esas trasnochadas visitas cerraba las calles con sus guardias, de tal modo que uno debía aguardar a que todo terminara para llegar a casa. En otro lugar, detrás de la verja, se puede distinguir una habitación miserable donde el militar procede a tapar los ojos de la niña que miran un espacio vacío mientras el hombre escarba brutalmente en el pozo infantil de su entrepierna la raíz de su deseo, al que ella no responde como él quisiera.

–El deseo es la forma de anunciar el placer. Su consumación, sin embargo, es poco plausible y desabrida. Ni siquiera adopta en el ansia la necesidad, salvo el fastidio y la parquedad. Algo que debe obviarse.

Más tarde, la jovencita se acercó a Julia, camino a la iglesia. Dijo muy quedo: "La verdad, estoy buscando

otra casa mejor". No se sabe si para tranquilizar a Julia o porque algo de la casa no le pareció de su completo gusto.

Julia, que en aquella época tendría la edad semejante a la de Leonor, apresuró el paso, no fuera que se le escapase la palabra inoportuna atrapada en su garganta, con unas ganas tremendas de escupirla. Se sentía repleta de todos los vientos de la furia. Fantaseó aplastarla de un sopapo. Con un rayo, con el picaporte, con el mazo del mortero. Todavía le vinieron ganas de mover el culo o gritarle: las uvas están verdes. Las represalias vinieron enseguida. La primera fue la desaparición de mi padre. Un día no volvió del trabajo y no se lo vio más. Otra consistió en apresar a Mario, mi hermano. El acto se presenta con la vaguedad de una fotografía opacada. Al cruzar la esquina, un policía echa a Mario de una zancadilla. Otro, con un alambre, le azota la espalda que se le llena de rosetones de sangre. Corre sobre el borde de la vereda seguido del policía con su rebenque de púas. No se detendrá hasta encerrarlo frente a la comisaría, en un patio cuadrado de tierra apisonada que huele a orín. En medio del

corralón, arremeten contra él a la mañana y a la tarde siempre a la misma hora, días enteros con el sol que sale y se pone, en igual simetría para acercar en el aire un manual aritmético alimentando extrañas constelaciones. Aquí la escena se va desdibujando.

En ese momento llegó hasta la verja un hombre vestido de negro. Me entregó un sobre. Un pequeño sobre blanco que llevaba mi nombre conteniendo dentro una advertencia:

"Renuncie a imaginar el pasado". Escrito en letras de imprenta sobre un papelito cuadrado que había sido manoseado hasta el cansancio.

Regresé a casa caminando muy despacio. No quise pensar en el papel que acababa de recibir. Ni en esa amenaza. Tampoco me percaté de lo que estaba sucediendo. Ni siquiera levanté la vista para observar el rostro del emisario. De todas maneras, no lo hubiera reconocido. Algo anónimo en la oscuridad que se desvanece prontamente. Sentí que la ausencia de respuesta me otorgaba cierta libertad. Eludiendo la relación espontánea; imponiéndome un mirarme hacia

adentro; llevando los ojos hacia atrás, no al pasado que ya no podía modificarse sino dentro de mí mismo, a fin de encontrar las piedras que me podrían devolver al camino.

Apuré el paso. Una forma trapezoidal de luz me acompañó anticipándose a mis pisadas, recortando su recorrido hacia una profunda ensenada. Pude esquivar esa insinuación, enfrentarme a ese plano lunar que se hallaba derramado sobre el pasto. Encontré la puerta a ciegas, tanteando el aire.

La música no había concluido, aún reptaba por el interior de la casa, en un suave filo, deshilachando una bruma extraña que imponía desde adentro un repetido suspiro. Afuera, el picar de las piedras, con ese retumbar insistente, acabó por inundar el tiempo.

II

Pero el pasado se incorporó con la precisión de una historia hilvanada en pedazos, organizada en la oscuridad. Leonor, la chica pretendida por el Coronel y, al mismo tiempo, la sombra de Mario, surgieron detrás del portón.

La adolescente trataba de esconderse a un costado de la calle, antes de llegar a la esquina. Por la izquierda aparece claramente la figura de Mario, su sombra pegada al muro avanza con cuidado, desplazándose con suma lentitud. Cuando llega junto a Leonor, la abraza y ella apenas sonríe. Alguien se acerca y me dice que en nada será beneficioso reconstruir esta escena.

–Me sorprende que usted necesite recordar esta parte.

–Es que no conocía estas razones.

–Pero usted no sabe lo que sobrevendrá realmente.

–¿Qué es la realidad? Leonor explica a Mario que desistió de comprar la casa cuando se enteró de la desaparición de nuestro padre. Cosa que no convenció a Mario ni a ella misma. A pesar de que el Coronel sospechaba algo, ella no quiso esconder su relación con Mario que la inducía al parecer a otra vida. Algo oculto y sobrepuesto que obedecía a otras apetencias. Con el Coronel –aclaró– era un juego sin convicciones, pero con intereses.

El cuerpo joven de Mario sin embargo, respondía al de ella buscando en un estremecimiento que le manaba desde muy profundo y la inundaba en una tranquilidad de lago, horizontal y luminoso.

Leonor se acercó a la verja y me llamó. Me acerqué lo más que pude, silenciosamente, para no romper el encantamiento.

–"No tengo nada que ver con la desaparición de tu padre y el apresamiento de Mario. Entendeme, no sabía que esto podía suceder. Yo sólo jugaba" lo oí dirigiéndose a mí.

La figura de Mario se había esfumado y en su lugar dos policías esperaban a Leonor. Ésta se adelantó hacia ellos prestamente, cada uno se ubicó a los costados de la chica y pronto ella, escoltada por estos guardias, también se diluyó en la bruma.

Se me ocurrió de pronto que Leonor no había perdido totalmente su inocencia. Conservaba aún el dulzor de su rostro opalino. Aún persistía en ella el aura de su juventud. Por eso la trasladaron al conjunto habitacional de la Caballería. Allí el Coronel la encerró en una casa con altas verjas y un Oficial de guardia las veinticuatro horas.

Al quedar limpia la escenografía, Julia se apoderó del espacio del portón con un movimiento salvaje. Levantó la mano pidiendo permiso sin ganas de respetar el veredicto: iba a hablar de todos modos.

Comenzó:

–"La Leonor era mi amiga, es cierto, hasta cumplir los diez años. Sucedió que nos enamoramos de Mario, las dos al mismo tiempo aunque yo no tenía ninguna chance ya que Mario era mi hermano. A partir de esto

ella se volvió arisca y lejana. Nos veíamos en las fiestas y se paseaba con sus vestidos nuevos, sus zapatos de charol o de raso que ya adquiría por conductos bastante ostentosos. ¿Quién los usaba en esa época? Nadie que viviera en nuestro barrio".

–"Hacerle el juego del amor a Mario cuando ella estaba metida con el Coronel. ¿Se puede objetar eso? No, su perversidad jugaba con lo subrepticio; sabía herir con la ferocidad de un animal y hacerse insustituible. Era su naturaleza. Aunque yo siempre fui muy benevolente con el carácter incestuoso de mi relación con Mario. No advertía mi propia perversidad".

–"Además, Leonor inventó la historia de comprar la casa sólo para demostrar su poder. Si algo le hizo desistir después, no tuve el seso ni la ocasión para averiguarlo. Dicen que denunció a Mario y a nuestro padre. Leonor mostró al Coronel un panfleto que, en medio de la tontería de su enamoramiento, Mario le había obsequiado. Era una hoja conteniendo consignas, órdenes y reglamentaciones. Una actividad en la que él se inició para respaldar a mi padre sin entender mucho, pero que era compartida por algunos

de sus amigos. Era la locura, ciertamente. Lo que sólo los dementes pueden prometer o hacer cumplir".

Julia se detuvo en ese discurrir porque sintió vergüenza al comprobar un alto grado de compasión por su hermano en el afán de liberarle de toda responsabilidad y del sentido culposo de su acción. Yo ahora sabía que en el amor existe siempre una cuota de odio o de desprecio; ese oscuro precaverse contra lo que ocurrirá cuando todo termine y el cuerpo de la persona amada ya no sea la nave que conduzca al puerto, sino el hoyo profundo donde uno se ahoga o se asfixia.

Ahí, Julia –que había estado gesticulando sin hablar– se detuvo, el mineral que rodeaba sus raíces, lentamente devorado por la humedad, le irritó los pies. Arriba, una llovizna le aguó el pensamiento. El destino se le había borrado. Concluyó que esas ideas eran hábilmente manipuladas por su rencor hacia aquella antigua amiga. La alegría de Leonor, la vivacidad de sus ojos trasparentes, la propensión al baile con ese movimiento a punto de soltar amarras ante la más breve música, habían desaparecido. Sólo permaneció esa crueldad en el borde de la boca, en la comisura de

los labios. A pesar de todo, imaginó a Leonor más libre que ella.

Le sorprendió esa inanidad que viene desde el fondo del morir, cuando ya no dependen las cosas del fervor, sino del aniquilamiento. La desaparición de nuestro padre le dejó una huella que no pudo borrarse jamás.

Un ave abrevó en el cuenco lleno de agua colocado al borde de la entrada. Decidí traspasar el umbral, cuando el portón se cerró suavemente; corriendo sobre el riel con esa minuciosa intención y la correspondiente inexorabilidad de lo que no puede detenerse. Julia desechó, a su vez, su amor por Mario que ya no era nada fraternal, convirtiendo sus rugosos celos en una cuestión de pesar, de sospechas, de broncas solapadas. Nada era tan fácil. Los elementos calzaban con absoluta precisión. Ella no debía ofrecer flanco alguno, se hallaba dispuesta a ocultar con el silencio lo que estaba sobradamente presente. Le subió por la garganta una flema espesa, que no podía expectorar ni aun con el esfuerzo de un animal feroz, parecía flotar sobre el suelo mientras se inflaba como un globo. Sólo le quedaba explotar para no sentirse presa.

III

Al dar la vuelta, el portón oculta un ángulo de la esquina y antes de llegar al bar se encuentra con la casa antigua que ahora renueva su capa de pintura blanca. El zaguán culmina en una reja de barrotes de madera torneados. Una ridícula réplica de adornos coloniales.

Sé que allí tiene su estudio un arquitecto amigo mío, pero no me atreví a tocar el timbre.

Sin embargo, nadie me impide entrar en el bar y pedir una empanada. Lo hago. Al estar frente a la caja me percato de que no llevo un peso. Me habían vaciado al entrar en Investigaciones hace dos semanas. La cartera, el reloj, una pequeña foto, el llavero, el encendedor. Un encendedor que ahora es lo único que me fue devuelto. Es de color verdeazulado. Muy brillante. Pero no sirve para comprar empanadas. Así que lo vuelvo a guardar, hago un gesto muy evasivo con una sonrisa medicinal y salgo. Allí mismo el

vendedor de revistas me observa con ojos de policía. Trato de actuar lo más naturalmente posible. Pero la ropa, la piel, esa ropa, esa piel, parecen trasuntar el tiempo y el olor del encierro. Los sudores, los pelos esparcidos por el suelo. Había estado un mes tirado en la pieza donde a diario cortaban el pelo a los oficiales. El hedor de las letrinas atravesaba el aire con su vaho infernal oliendo a grasa y amoníaco. Enfrentado al revistero de la esquina me brotan las ganas de explicarle, de acercarle las razones de mi situación. Pero el hombre pronto se desentiende de mí y acude solícito a las protestas de su clientela.

No me queda más remedio que acercarme a la columna y buscar la forma de lo invisible, reducirme. Julia vendrá pronto. Ella pidió que la esperara en esta esquina. El edificio, enfrente, lanza por una especie de lámpara de Aladino un humo grisáceo, una raya de niebla oscura sobre la cabeza de un soldadito que parecía petrificado, cuyos ojos, única porción viva de su cuerpo, tratan de escapar por sus órbitas. Apenas pueden entreverse los huesos que arman su estructura

humana, casi imperceptible bajo esa cretona almidonada.

En esta esquina debo esperar. Julia me ha cuidado durante dos semanas. Me ha traído de vez en cuando algo de comer, a pesar de que se le aconsejó que no lo hiciera, por ese temor diseminado en todas partes.

La gente pasa sin mirarse; entre sus rostros, el rostro de Julia, avanzando por la calle. Ella detiene un taxi. Me toma del brazo y de un tirón me arrastra. Ordena al chofer no pasar frente a la prisión, le dice muy claramente:

–Vaya por allí –y le señala la dirección. Decir prisión es nombrar un sitio identificable, ubicado en un sector específico, una forma útil del lenguaje para exorcizar el infierno.

Regresa el tono detrás de un paisaje repintado. Las telas de un teatro cuelgan de los balcones del edificio contiguo. Detrás del portón se extiende esta calle. Después de la una de la madrugada se la puede cruzar tranquilamente sin temor a ser atropellado por los vehículos. Todo duerme en esa esquina un poco antes

de la entrada, donde ahora está la puerta que lleva a una biblioteca y un poco más arriba al departamento de algún funcionario. Un cantero alargado se explaya según la fachada. Hay otro compartimiento que me atrapa y me reduce después de escapar, de escabullirme en el tumulto de la manifestación; al observar desde arriba, cualquier cosa se empequeñece y se concentra en un punto. Un puntito en medio de la calle. Alguien puso en mi mano una copa de vino. Me siento un intruso. Me hallo justo sobre la cúpula de esa construcción neoclásica, a la misma altura. Las escamas que la envuelven le dan ese aire de objeto marino. La fiesta dura tanto que se torna insoportable.

Busco ahora la salida con el aire de un topo. Una puertita conduce a un microscópico ascensor que se abre sobre un pequeñísimo pasillo. Conmigo sube una señora vestida de encaje negro; el ascensor desciende. Al rato se abre y resulta el mismo piso. Aprieto el botón indicando la planta baja. Se cierra la puerta metálica y comienza a descender. Pero de nuevo llega al mismo lugar, en esos juegos de cajas chinas que repiten el mismo objeto dentro de sí mismas.

"¿Y si de pronto el ascensor, en ese convulso movimiento interior que retumba dentro del edificio, se detuviera y nos dejara encerrados? Nadie se percataría", pienso.

–¿A qué parte de la calle conduce esta maquinaria? –pregunta la señora que abordó el pequeño espacio con ese vestido de amplias dimensiones, sepultada bajo un montón de tules. Comienza a llorar sobre el broderie negro y su cuello levemente abultado deja escapar un perfume rancio, parecido al sándalo.

Reanudamos el viaje a ninguna parte.

La señora resopla con su aire de pez fuera del agua. Por fin decidimos bajar por la escalera. Al salir, un vapor de humo nace desde afuera donde la luna lanza un plano de luz. La fachada de un edificio del fondo cruza el paisaje como si fuera el último error de la noche en brumas.

–¿Dónde se halla esta ciudad? –pregunta la dama de negro corriendo hacia donde creyó dejar su coche. Un silencio intenta iniciar una pequeña música, quizás una mirada. El lustrabotas sonríe, pero no dice nada,

ni siquiera ofrece su servicio aunque algo espera. La señora da un rodeo y se dirige a la esquina. Los manifestantes y la policía habían desaparecido. Un montón de papeles tapizaba la calle. Regreso, después de las visiones, aturdido por esa turba de albañiles. He vuelto a mi vida actual. Pero la vida que se abandona espera siempre a la vuelta de la esquina. Construí una casa en un paisaje que descubriera la luz oteando las ondulaciones del agua, bajo las nubes divagantes. Era necesario sentir el silencio en el que crecen los árboles, con la suavidad delatada en un brote, en la hoja cuyo perfume esparce su vapor invisible.

Trataba de inventar un sentido final. Sabía que todo iba a concluir, estaban allí las señales del cuerpo con las que me levantaba cada mañana. La mano que de pronto no respondía en el exacto movimiento para cortar un pedazo de pan, e incluso para levantar una copa. O esa picazón de la piel instaurando una geografía distinta a la del cuerpo conocido, dejando aparecer nuevas zonas, distintos sitios privilegiados, senderos poco frecuentados, exiguos puntos

perentorios de tal agudeza que se volvían inaguantables.

En el escritorio, bajo la concentrada iluminación, al borde de lo que abarca la vista, siento deslizarse una sombra; seudópodos encendidos en un instante para desaparecer prontamente. ¿Será una luciérnaga? ¿O es que no existen sino en la imaginación? O en el segmento tangencial del ojo, dibujado por la angustia como un postrer refugio. A veces hasta asume la presencia de un ser ausente, aura que se inflama en el espacio y se apaga de golpe.

IV

El portón permaneció mudo entre las pocas luces que se cruzaban de un lugar a otro. Una niebla baja ocultaba la calle. Salí de la casa y avancé hasta el letrero, donde se hallaba escrito con claridad el nombre de la calle. Allí habrá de ocurrir esta escena. Una figura grisácea, parpadeante y cansina se desplazará subiendo y bajando el cordón de la vereda. Será una mujer. El reflejo en la superficie del charco detendrá su marcha por un instante. La mujer pondrá el pie menudo, calzado con un zapato sin tacos, sobre el borde de piedra, en ese movimiento en zigzag, remitiéndose a numerar los pasos sobre placas bañadas en un gris plomo, en humores acuosos. La figura se deslizará al llegar a la esquina y se oirá en el silencio absoluto un breve sollozo.

Haría poco, media hora antes quizá, se había visto a esta mujer frente a la prisión. Un policía pulido por el raspón de una enjabonada intensa, con dos puntos

negros metidos en las ojerosas cuencas desteñidas, casi sin mirar, lejos, tocando furtivamente la desazón del aire, le dijo: –Señora, no vuelva. Su marido ya no está.. Escapó, o no está. Se fue, o murió –contestó el interrogado acerca del que fue apresado a fines del mes pasado. Con esa forma de tapar la boca con la mano cuando se ríe, aunque no se ría, ocultando los dientes que faltan. La cara mustia, la mandíbula temblorosa sujetada con disimulo. Con el gesto ausente del que limpia un resto de saliva escapado entre la tos, alguna palabra fugaz. Un brillo en la punta de la lengua que regresa a su pequeña cueva de carne y de murmullos. Luego, la duda invadió la vereda. El guardia se alzó de hombros y sonrió; esta vez fijó la mirada cazando al instante la intención de la mujer que se escondía detrás del plinto. –Ustedes ya saben lo que pasa –dijo el policía observándola con pulcritud, desde una visión lejana posada en el fondo de un túnel. La mano de la mujer tanteó el canto de la pilastra y por un segundo siguió acariciando, con la suavidad de la piel que se desgaja, la orilla de la ranura. Interrumpió el

movimiento a la altura de su mano. Entonces retrocedió. Aún tuvo fuerzas para agradecer. El guardia se arrancó la medalla que llevaba colgada del cuello y se la alcanzó sin decir más, con el apuro de librarse de ella. La mujer vio brillar la miserable chapa con el relieve de una imagen, y un sudor de animales aromó el viento. –A la puta –lanza el guardia mientras acaricia el máuser, con los dedos mojados de un líquido tibio de hierbas pútridas, de orín.

Ahora, con los pies extendidos en la calzada, la mujer toma la cuerda grasienta de la que pende la pequeña medalla y la deposita sobre el asfalto. Pone las dos manos sobre su cabeza. Y se queda así, como hecha de piedra. Al fondo, dos pájaros surgen de una cornisa que rodea la construcción de enfrente. Los ve planeando en la levedad del paisaje, dentro de esa amplitud sin nubes sobre un plano de tela zurcida por todas partes.

Una rata gris, salida del albañal, acaba de darle un leve mordisco en el pie. Luego, el animal huye. Cruza la calle y se introduce, prontamente, en el agujero de enfrente.

Un ojo perturbado por una sombra aparece de pronto y baila dentro de las cuencas pintadas. Un mechón de pelo al estilo de la Bacall oculta la mitad de la frente. Es una prostituta, que aparta con el enorme zapato rojo la mano de la mujer caída. –"En este remoto rincón del mundo he nacido", le dice como si la mujer caída no lo supiera. Y con una suave velocidad felina desaparece, apremiada por eludir presencias inoportunas.

Andrés, algo joven, de unos veinte años, emerge de un Ford ceniza, con el smoking en la mano. Se ha desprendido el cuello. La corbata ha desaparecido. Se trata de mi hijo en ese tiempo banal de su adolescencia tardía. Mierda. Mierda. Dos mierdas. Andrés avanza a trancos saltando cada piedra, jugando a una imaginaria rayuela. Un asunto infantil, y algo desubicado. El Ford sube en primera la cuesta de la calle. Después, en un movimiento indeciso, dobla y sigue. Pronto es una nube de gas blancuzco en el aire frío de la mañana.

Andrés no tiene tiempo de llegar a la puerta ni de subir la escalera. Ahí mismo, sin abrirse la bragueta,

se derrama. Siente un desvanecimiento, se pincha la jeringa antes de que se le vaya el pulso. Oye tocar las campanas llamando a primera misa, en el mismo minuto que un gentío avánza por diversos rumbos. El vals inicia en su cabeza un sonido de trompeta asordinada. Una cadencia estúpida derivada de las marchas militares. No reconoce si es Strauss o qué. La aburrida música lo envuelve en esa melosidad de violines, en una ridícula paz. Al levantar los ojos, Andrés divisa allá lejos, tirado sobre la acera, un cuerpo humano apenas cubierto con una tela gris. No podrá imaginarse jamás quién era.

Arriba, en el segundo piso, la mano trémula de una mujer entrada en años se retira del alféizar. Es la mano de su madre, la que fue mi mujer, aguardando su llegada hecha un cocodrilo disfrazado.

–¡Qué ingratitud! –dice Berta, dueña de la mano; mientras sorbe el café de la mañana, alarga los ojos a través de los visillos de la ventana. La reflexión tiene que ver con nuestro hijo Andrés, que no ha vuelto del club para llevarla al médico. Ella sigue pensando:

"¡Estos jóvenes que de sobra saben que es ahora o nunca! Que es ahora porque el presente fluye hacia adelante cubierto de esa bruma que todo lo oculta, pues no tiene ayer ni depara ya ningún misterio. O que es nunca". Extrañamente, esas palabras se le hincan en el pecho, con esa sensación de estar ocupada por un flujo que le horada las fosas nasales. Un cosquilleo en el oído, seco y puntiagudo, le atraviesa la testa. Alarga el dedo índice y se rasca con asco. Siente el arañazo de la uña, el pelo encrespándose, la garganta oscura. –¡Mi Dios! –Se acerca a la ventana alzada frente a la galería de la segunda planta. La calle se extiende desde allí hasta el edificio del fondo casi sumido en el humo. Breves fachadas de mampostería gris con borlas, marquesinas y perfiles de doncellas pintarrajeadas de cal en las metopas. La respiración se le acaba, abre las persianas de un tirón. Sale al balcón absorbiendo a bocanadas el tufo caliente de la ciudad. Ve, apenas insinuado a la distancia, un cuerpo de mujer acurrucado en la acera. –¡Es el acabóse! –dice, pero no se detiene. Se toma de los barrotes y escupe. Al regresar a la habitación se apresura a servirse un vaso

de agua. Un frescor vagaroso se escurre en su garganta. Se aprieta el pecho y por un instante se mira el párpado, donde late una pequeña vena casi imperceptible. Nota la aparición, justo al lado del ojo, de otra abertura, una tercera mirada. Se cubre la cara con las dos manos y ahí percibe el espejo reflejando muy atrás otro rostro. El hombre que surge al costado del sofá parece crecer desde la nada. Una aparición que se desprende de los libros acumulados en la biblioteca. Se llama Juan. Él viene a limpiar las canaletas y el techo. Berta, acostumbrada a su presencia, respira. Hace mucho tiempo esa presencia es anhelada, su soledad aprecia ese gesto, aunque de sobra sabe que la soledad no se comparte. Puesto que Andrés no hace sino abandonarla. Me acusa a mí y a él de estar cortados por el mismo patrón. No desea recordar mi rostro, reducido según ella al de ese personejo que habita un mundo absurdo y disparatado aunque posee los medios necesarios para sustentarlo. Hace un mohín que le estrecha los labios y se ubica las tetas en el armaje de un corpiño demasiado estrecho.

Juan se acerca, ya está junto a ella. Le acaricia tomándola de los sobacos y la va conduciendo hacia el dormitorio. Deposita ese cuerpo totalmente desmadejado sobre la cama y después de cerciorarse de cuanto hay que cerciorarse se despide. En ese momento se oye el ruido de la puerta cancel y un estruendo al cerrarse. Es Andrés, ya repuesto, que sube las escaleras.

El hombre llamado Juan se escabulle y toma la puerta de servicio que da sobre el lindero. Sale por el portón de metal. Es de su cotidiano uso. Mide la dirección del viento. Cuando está por cruzar la calle, cien metros abajo, ayuda a la mujer, tirada sobre la cuneta, a erguirse, muy suavemente. Oye un: –"Gracias", de voz menuda en un leve susurro, como si de esa boca saliera sólo humo sobre humo.

"Respire profundamente; ojalá no tenga fracturas. Que no se haya roto nada", dice el hombre. –"Mi corazón, señor" –contesta la mujer–. "Mi corazón" –repite.

Andrés ha llegado, por fin, a su departamento. Siente el resuello de su madre dormitando en el cuarto contiguo. Se deja caer en el sillón junto a la ventana:

"Quizás debería dar de comer a las putas palomas... para ser menos conspicuo..." lee en un libro que fue dejado abierto justo en la página en que aparece esta frase. Levanta la vista del papel donde bailan las letras: que aún le persiguen mientras su rostro ya está en el agujero del balcón, al lado de un bulto atado en la mesita. Toma el paquete. Lo abre. Hay un pasaporte a nombre de Jerome Wentworth, estudiante, y una carta de presentación. Aparta la cabeza. No quiere ver a Juan que, con infinita paciencia, alza a la mujer a la cual intuye reconocer, la que se halla tirada en la otra esquina. "Se siente como un agente olvidado de algún planeta remoto hace muchos años luz". Cierra el libro. Lo deja cuidadosamente en el estante, al lado del diccionario de la Real Academia. Se vuelve hacia la ventana y la cierra. Ajusta los postigos. En ese instante, se le ocurre estar más seguro. Se extrae, con disimulo, algo de la nariz, que deja pegado en el borde oculto de la mesa.

En el espacio del portón, la mujer tirada en la acera descubre su rostro ocultado por el chal. Así reconozco a mi madre. El rostro de mi madre de hace muchos años. La luz se apaga de golpe. Queda el portón cerrado, la noche arriba. Unas miserables estrellas desvaídas. El oscuro del verde reptando por los cuatro costados. Y una humedad sangrante, de sudores emitidos por doscientos sobacos cansados, al borde de la extenuación. Animales óseos que respiran.

Uno de ellos se adelanta hacia el portón. Es portador de otro sobre. No espera entregarme en propias manos: lo arroja sobre el pasto.

Me adelanto de un salto, abro el sobre y extraigo lentamente el papel. No tengo necesidad de leerlo para saber lo que allí está escrito: esa amenaza reiterada que no precisa ser recordada.

Sin embargo, en esta misiva hay una sola frase:

"Vas a morir".

–Como todo el mundo –me digo–, como todo el mundo.

V

Primero avanzaron en camiones. Era una multitud abigarrada que descendía de los transportes con prontitud y se alineaba delante de sus jefes.

Los ubicaron en grupos de tres, cada tres metros. Una camioneta roja, acostumbrada a un peregrinaje oprobioso, permanecía con ellos y los recogía al anochecer.

Lanzaban unos gruñidos que enardecían a la población de aves en la espesura de los bosques circundantes. Utilizaban carretillas, bolsas de cemento, mezclas y palas. Y una gigantesca grúa montada sobre un camión cisterna que distribuía el agua.

Las piedras se amontonaban a lo largo del muro. Al principio trabajaban doce horas diarias. Levantaban piedra sobre piedra buscando el ángulo, trozándolas, ajustando aristas y superficies. En los primeros días me presenté ante esos supuestos albañiles

improvisados preguntándoles sobre el origen de esa labor que estaban realizando alrededor de mi propiedad, mas nadie pudo aclararlo; ni quién comandaba la cosa, ni siquiera las razones. Algunos se desentendían maliciosamente, con esa bobería que tiene la inocencia. O quizás el misterio. Era lo más que podían hacer estos seres con ese tajo filoso que les oficiaba de boca. Me enteré por intermedio del almacenero de la esquina de que eran cuadrillas de presos sacados de algún correccional, gente que fue aumentando paulatinamente en número y que con voces ininteligibles infectaban los recovecos aledaños. De vez en vez, una mano se alzaba, lánguida, sobre la línea del murallón simulando un saludo. Yo sospechaba que esa población inmersa en el desconcierto, abandonada en esa forma de la esclavitud, deseaba expresar algo. No era un reclamo. Algo que se distanciaba del reclamo para asumir la vocación del desprecio.

VI

Después de un silencio, traté de recordar el suave murmullo de las mañanas primeras. Hace muchos años, en esas madrugadas mustias, pegajosas de calor, cuando hasta el alma se empapaba de humedad. Desde ese acre sudor, veo a través del portón la calle de tierra, el zanjón, los puentes de madera sobre los albañales.

Recuerdo a Mario, que paseaba por la ciudad escondiéndose en los portales. Siempre he confiado en la mano de Mario. Ese que se halla, ahora, preso. Mi madre ha ido a buscarlo por enésima vez; por enésima vez pregunta al *chavolái* de guardia por su hijo y también por su marido, al que ha comenzado a olvidar. Pero el agente no sabe o no quiere.

Mario aparece con magulladuras en todo el cuerpo. Chupado el rostro, de un amarillo trasparente. Uno le da cintarazos sin parar. Cintarazos que dibujan sobre su piel rayas de sangre. Mario sabe de sobra la

razón de su apresamiento. Recuerda a Leonor, el aroma de Leonor perdido en el tráfago de esos momentos, del hambre, de las voces oscuras de los otros. Se pretende un héroe o una víctima. Quizás desearía morir.

Pero Leonor, no. –Es inapropiado morir cuando no se desea –dice–, y se apresura a cruzar la calle y ponerse bajo el cono iluminado.

–Con una confesión juro ponerte en la frontera, eso es lo que piden los hombres del Coronel. Un papel firmado y al minuto estarás a salvo.

–Me es imposible confesar nada –contesta desde la sombra.

–No es necesario que uses la verdad. –Un lento aire acaricia los labios de Leonor.

–¡Esa es mi amiga! –Desde abajo, la voz de Julia, convertida en una furia, lanza una interjección irreproducible. Una voz que emerge desde un hueco tormentoso, de gases lacrimógenos como los que desparrama la represión.

–¡Hija de puta! –grita Julia–. ¿No podrás haber elegido mejor amante para jugar tu vida?

–No seas patética; se trata de una mera transacción, un intercambio donde no debe prevalecer la ira, sino el cálculo.

Lo que estuvo sucediendo arriba, en esa porción del espacio, se desvanece corriendo la misma suerte de la parte de abajo, donde la realidad se parece al infierno.

El calor sube por la garganta de Mario, un calor de melaza, derretido sobre el cuerpo mezclado con la sangre.

–Es usted nada más que basura –escupe una voz áspera–. Un excremento inmundo.

–Entiérrenlo en el silencio –ordenó otro.

El que estaba oculto hablaba desde atrás metido en las sombras de la habitación contigua. Sostenido por una suerte de cuerda invisible, el anonimato que dan las máscaras y las voces atipladas.

De entre esa sombra, que ahora es el fondo de un tomatal clavado por estacas, pero que ya no es el tomatal, sino un fondo turbio, ominoso, aparece un Oficial mascullando unas palabras secas, cortantes. Dichas sin convicción, ya que las habría ensayado hace diez minutos. Me acerco a Mario tras las rejas del portón. Para oír mejor, deseando captar hasta la última sílaba. Piso sobre escombros diseminados a lo largo de la guía metálica.

–No volverás a escribir –grita el hombre con un gesto que muestra claramente lo que sus superiores le habían ordenado.

El tipo más atrevido se acerca blandiendo un gran trinchete con el que cercenará ambas manos de Mario. De su boca surge el gesto del silencio; le queda sólo la mímica, sin sonido. Mario, ya mutilado, se arruga sobre sí mismo.

–¡No volverá a hablar! –ordena el testigo de entre las sombras.

Con la sangre que mana de su cuerpo, con el sudor, con las gotas de las axilas, de la entrepierna cayendo sobre el piso, con ese líquido rojo que surge de su boca, Mario se retuerce en el suelo.

Yo contemplo esa escena, esas piedras de la entrada cuya calzada súbitamente se despuebla, y como si fueran de tierra, una lluvia sin furor deshace los cuerpos y las cosas. De tierra y de humo. Me veo, apostado junto a los barrotes del portón, veo esfumarse finalmente las dos manos cortadas, y la lengua de Mario, con su borbotón aún tibio, se vuelve evanescente. Se me atraganta un flujo que se parece a la vergüenza, una vergüenza abatida de remordimientos. Creo que abandoné a Mario en esa estacada. Aunque cada uno recibe su parte sin merecerlo, a veces ese mendrugo es la respuesta final, la incomprensión o la inutilidad de comunicarse.

Oigo el lejano clamor de los presos encaramados a los andamios fabricados con los mismos cocoteros que todavía ayer se erguían en el patio. Levantan las piedras sin trabajo, sin sentir el peso, sin mirarlas.

Observo ese trabajo que parece no tener final. El conglomerado de cuerpos en acción. ¿Desaparecerá también en un momento? ¿Todo se evaporará en un soplo?

VII

Fue un largo paréntesis. El portón se despojó de todo rastro, barrido por un viento oscuro. Traté de sostener un bostezo que se tragaba el humus de la noche. Me acomodé en la hierba y me vi abandonando el local donde me detuvieron por dos meses. El desamparo fluía bañándome la frente con un sudor asalitrado. El aire se había llenado de una dulzura de miel, contagiando todas las cosas y modificándose constantemente hasta volver al principio, desde donde iniciaba de nuevo un recorrido por los mismos sueños en un movimiento circular. En cambio el umbral, el pomo de una escalera, el botón del timbre, los pelados troncos de los naranjos, permanecían inalterables. Hasta los ruidos de ese arsenal de presos participaban de esa languidez olorosa que manaba de las innumerables bocas del asfalto, de las alcantarillas, de los desagües de la lluvia, de los respiraderos de las calzadas. El día que volví a casa, vagando entre las

fachadas desvanecidas de la ciudad, perdí un zapato. O quizás lo había perdido en la prisión; es posible que saliera ya con un pie desnudo. Pero recuerdo que al calzarme la media se torció a un lado rozándome la piel.

Estos zapatos los había comprado en el bazar de la esquina, en un localcito que ahora ya no existe. Un local sin ton ni son, abierto para deshacerse de mercaderías vencidas. Saldos que nadie quiere, pero que en un santiamén se venden, lo que me impedía recuperar el lado faltante, nadie los vende por separado.

Por otra parte, ese era el mejor del par. Más mullido, más suave. Tenía, al movimiento, un leve balanceo para acomodar el pie. Aun con las uñas muy crecidas, su delantera se acomodaba dando una secreta satisfacción a los dedos.

La planta caía sobre la base sujeta al casco con precisión. Al doblarse se debatían en una tranquila elegancia. El talón se aferraba como una mandíbula con dientes afilados y llegaba justo al inicio de la prominencia del hueso del tobillo.

¡Qué decir del brillo! Tenía uno distinto del par. Se le notaba al adelantarse. Refulgía en cuanto apreciaba un encuentro casual con otros zapatos. Un cierto devaneo sin exceptuar maniobras de seducción. Por suerte, ese día, un gas de azul intenso de diez centímetros de altura se había distribuido por toda la faz del suelo. Por lo que la pérdida de ese calzado no causaba mayor estorbo. Se hallaba oculto bajo esa niebla, entreverado entre los miles de pasos que las aceras contienen. En las veredas. En algún rincón oscuro, un zapato sueña con su pie, o su andar, o esa media que le acariciaba la piel. Mi piel regocijada agradece el extravío de ese zapato porque advierte que el pie se ha liberado de toda sujeción.

Se lo ve solamente a través de la neblina al subir al ómnibus. Un niño, sin embargo, le dice a su madre apuntando el pie descalzo.

–¡Mirá, un hombre con un pie sin zapato!

Se trata de un comentario obvio. Lo extraño era ver un zapato mover las suelas, abriéndolas displicentemente y emitir un lento gesto de plenitud.

Así ocupé el único asiento libre del ómnibus. Puse el pie calzado sobre el otro, para cubrir la vergüenza de andar sin un zapato. Entonces me percaté de que el zapato se había llevado la media. ¿Era eso una singular advertencia? ¿O era otra versión del desenlace? El cojeo usado por caminar sin un zapato debía mostrar ese vaivén que inclina a diestra y siniestra el paisaje, en ese servicio pendular de no decidirse por un lado o por el otro, por un sí o un no. En el permanente sendero de la duda, en la ambigüedad de los signos, en la encrucijada. O por abocarse a tocar tierra con la planta, al aire desde abajo. Liberado de ese zapato, puedo alzar el empeine o arrugar los dedos, hacer crujir los metatarsos o en punta de pie lanzar una estocada o taconear a talón desnudo el escenario. –Y bien –dije al levantarme–. Es cierto, ahora ya no hay lugar en este mundo para quien ha perdido un zapato.

En la tarde, una picazón me invade la planta del pie izquierdo. ¿Una suerte de arañazo que no acierta con la idea del castigo o de la amonestación? Pero esa sensación avanza con lentitud, sube por la pierna. Un malestar contagiante que va contaminando la

superficie de la piel. Es la ausencia del calzado, es el extrañamiento de ese objeto ortopédico que de alguna manera festeja lo desparejo. La mejor parte de la dualidad ha huido para siempre. Ese pequeño monstruo se había vuelto imprescindible.

"¿Dónde te metiste, zapato de mierda?", me digo. En medio de la escalera de un monumento a no se sabe quién, el esquivo zapato sube sin inmutarse en lo más mínimo. Se detiene un instante en cada escalón, presa de una indecisión intolerable. Al final, ni se distingue el objeto que huye entre el gas azul. Se confunden sus contornos, se diluyen en esa opaca neblina. Ahí despierto con un movimiento brusco. Me he dormido y huelo la profundidad del viento que se halla impregnado de amenazas. Siento que he tenido un instante absurdo.

El portón se ha tragado de nuevo toda imagen y allí cae la noche, caen las estrellas apuntaladas dentro de una grafía infinita cuyo diagrama dibuja un signo inquietante. Alguien al que no se le permite hablar hace con la mano un dibujo que adquiere un aire soez sobre la punta de la nariz.

VIII

"Voy a pasar", me oigo decir. Voy a dar un paso hasta llegar al portón. Subo el pie con suavidad, lo veo suspendido en el aire tibio de la mañana. El sol levanta el polvo de la calle e inunda con su luz las piedras de la entrada. Adelanto el pie. Miro el reloj que se yergue en la esquina. Han transcurrido diez minutos. El naranjo deja caer un fruto sobre la calzada. Un niño azul lo recoge sosteniéndolo de la pequeña ramita. Lo sostiene bien alto y lo suelta. La naranja explota en el suelo. Vuelvo a mirar las manecillas del reloj. No avanzan; hasta se puede decir que han retrocedido. El pie también. "Voy a pasar", vuelvo a decir. Parado en el borde de la acera, veo carros, autos, camionetas. Una moto se estaciona en un sitio a la izquierda. Leo el nombre de la calle. Un nombre que se contrapone a otro. De las fachadas laterales surge una música de flauta, arrastrándose, puliendo los rincones, alargando las líneas que fluyen hacia la extensión indefinida de la ciudad. Hay un desierto que se extiende hacia el río.

Un desierto pintado sobre papel de estraza. Fondo casi amarillo. Telas que unen los pedazos.

"Voy a dar un paso", repito. Miro el reloj. Pues bien, nada se ha movido de lugar.

Alguien me toma del hombro. Cree reconocerme. Dice de pronto: –Perdone. Perdone –insiste. Alza los hombros al constatar su equívoco. Gira a la derecha y se escabulle.

El desierto se desvanece y el humo de los motores nubla el paisaje. Tiemblan los contornos con un leve resplandor que hace hervir el asfalto; algo parpadea y se estremece; tal el aire de agua en el primer golpe de fuego, con su vapor blanquecino.

Voy a cruzar la calle y vuelvo a iniciar el movimiento. Levanto el pie en un breve paso. Sobre el borde alguien me detiene. Pregunta la hora. No entiendo por qué este hombre no se fija en el gran reloj que acaban de instalar en la otra cuadra. Pero tengo la penosa sensación de que el tiempo no transcurre o que el reloj es un objeto de una verdad distinta, sólo

perceptible por mí mismo. Y que ese paso, ese movimiento, es el mismo que se ejecutó y que vuelve a suceder. Puede ser que el transeúnte ocupe un espacio en otro canal de tiempo que no sea el mío, que haya cruzado el umbral, y esté allí recortado de todo lo demás.

El sol cruza la calzada más allá del portón en una ráfaga de fuego e inunda con un brillo relampagueante las aceras. La gente pasa poniendo la palma de la mano sobre los ojos para mitigar el fulgor. Es sábado. Una multitud arrastra su sombra en el empedrado. Son las diez y media de la mañana. La manifestación se mueve sobresaltada.

Un hombre vestido de negro con una especie de smoking ajado, un sombrero de media copa, al saludarle levanta la mano. Lleva un bastón.

–¡Abajo los sanguinarios sátrapas! –vocifera. Hace con los pies un paso de baile levantando una pierna en el aire y la suspende por un momento, luego la otra y gira desapareciendo detrás de una bambalina. Ahora me veo en un sitio que apenas reconozco. Me veo a mí

mismo muy joven, casi un adolescente, dispuesto a emitir la razón de un asombro que sucedió de pronto, pero ese gesto me dejó callado. Tratando de no despertar lo dormido. Toda la calle era de piedra basáltica; lejanas polvaredas nublaban un fondo turbio y seco. Todo había desaparecido. Estábamos el tipo y yo, los dos solos, junto al paredón de ladrillo sin revocar, enmohecido y silencioso, que abría en su justo medio un boquete. Estaban las aceras blancas, los cordones oscuros. Estaban los naranjos, una acera sin concluir, una enorme muralla. Más allá de la bruma, un farol metido en una burbuja traslúcida parpadeaba dispuesto a apagarse en cualquier instante.

El hombre adelantó un paso, empujó la hoja que oficiaba de puerta y daba directamente sobre la calle cuyo nombre quizá también ahora fuera otro y dijo: –El japonés me dio este cuartucho, no tenía adónde ir. Aquí podés quedarte por ahora. –Me miró con cierto descuido, hablando para sí mismo, moviéndose en círculos, buscando algo, perro que persigue su cola para ovillarse.

El ámbito se hallaba invadido por un polvillo arenoso que ascendía en la ampolla de luz de las velas.

El cansancio me obligó a recostarme sobre una bolsa de tierra y aunque era bastante suave no dejaba de ser incómoda y algo maloliente. Me dormí.

Al clarear, oí que el hombre había encendido un calentador, después de tratar en vano de encender un fósforo, con una pasión meticulosa.

Sirvió un cocido con *galleta cuartel.* Se acomodó sobre un cajón e inició una conversación que duró hasta no se sabe cuándo. A cada rato encendía un fósforo como si quisiera constatar algo de su vocación piromaníaca.

El japonés le había propuesto un trabajo en el jardín al costado del edificio de ladrillos, bajo las pilastras, con sus arcos a medio hacer, donde había una amplia plantación de flores. Un puesto de jardinero.

Petunias, lirios, azucenas. Al fondo, murallas. ¿Eran murallas o alambrados? –De los dos –respondió Ignacio.

Ignacio, agregó: –El nombre me lo puso mi madre.

–¿Quién si no? –y calló. Por la ranura del portón se dejó ver un hilo de luz, que fue aumentando de intensidad. Cuando Ignacio lo abrió, inundó la pequeña estancia una claridad obscena, lechosa, de humaredas. El olor del cocido se fue instalando en ellos. Percibí su imagen: él acercaba una taza y con la punta de los dedos la acariciaba. Desperté sobresaltado en ese vacío lugar sobre ladrillos sueltos y restos de construcción, agobiado por la humedad. Ya no había nadie. Salvo la figura tosca de un ángel de piedra, cuyos rulos doraban el primer rayo de sol que le llegaba a través de un ojo de buey sin vidrios. Un sonido de taconeo infernal sobre el basalto me ayudó a ubicar a esa multitud que protestaba.

Bajé los cuatro escalones que daban sobre la vereda. Cuatro escalones rotos, uno más alto que los restantes. Una hilera de hombres lanzaba una intensa sombra que se repetía sobre el empedrado de la calle.

No volví a ver a Ignacio en toda la mañana. A la tarde regresó por un momento, se lo veía muy agitado. Dio una arenga en la plaza. Se despachó contra cosas ínfimas. Había adquirido unos pinceles y varias brochas que dispuso en fila sobre un parapeto del muro. Los miró con un sentimiento casi sagrado. Sonrió.

–¿Cómo? –preguntó. Tomando un pincel lo paseó por el aire dando toques invisibles.

–Yo seré pintor, no jardinero –aseguró mirándome fijamente. Los ensordecedores cascos de la caballería y los tiros resonaban sobre el asfalto. Ignacio había vuelto acompañado de una amiga, una morena, al parecer insignificante, vestida con una falda angosta, muy ajustada. Ella rió de buena gana. Sacó un cigarrillo y lo prendió. Entonces acercó la boca al fósforo y antes de apagarlo expresó: "Y lo que ganes con esas pinturas será para beneficio del movimiento". Lo que parecía una broma o quizás una salida despectiva. Entonces irguió de pronto un rostro que no se puede olvidar jamás, intenso pero vagamente

transparente. Un cuello estirado se debatía en un lustre de alabastro. Esa transformación ponía en el tablero todo su poder. No me había fijado en las uñas, comidas hasta el borde inferior de los dedos, sobados y gomosos. De la mano le colgaba de vez en cuando una gota de sudor.

IX

Por fin, la noche de la detonación. Inmediatamente salí al patio y me dirigí al portón. Una leve humareda se esparció por el lugar dejando en el centro de la luz dos personajes completamente aturdidos.

Uno dijo: –No tendrás que decirme otra vez. Yo mismo puedo controlar mis decisiones. –Se veía a las claras que era un cura, por esa vieja sotana que hoy ya nadie usa. –No es tan así, señor, le replicó Afrodisia, la otra persona presente. Se lo suplico. –Continuó hablando: –Usted no sabe lo que es. No. No lo sabrá o no será capaz de saberlo. –En eso, un tumulto en la calle. La sirena de una camioneta policial apostada un poco más allá acababa de enmudecer. En el trascuarto, al lado, el televisor dejó ver a una joven que bailaba sin cesar, giraba sobre sí misma, avanzaba hasta el proscenio y desaparecía más allá del recuadro. Llevaba apenas un taparrabo colgado hacia el costado. –Señor,

con la debida licencia, he trabajado aquí desde siempre, pero no sé darle un consejo. –Supongo, supongo – contestó el sacerdote. La mecedora en la que estuvo sentado conservó un leve movimiento; la mano de un viento abrió la ventana y continuó balanceando su sombra en un trozo de muro entre dos puertas. Imaginen un largo pasillo sin ventanas entre esas puertas que la duda amenaza. Ése era el escenario. Después de una balacera que duró cuarenta minutos, sobrevino el silencio. En un instante, el grupo policial saltó la verja. Subió directamente por la escalerilla de atrás. A la imagen de San Cristóbal se le cegaron los ojos que habían sido de azul francia, convertidos ahora en algo grisáceo bajo los párpados petrificados.

–Usted verá –dijo uno de los policías–, estamos en un procedimiento; buscamos a dos hombres y una mujer. Son informales. –Es sólo para investigaciones rutinarias –dijo el que comandaba el equipo.

–No hay poder para convencerme de eso –adujo Afrodisia poniéndose de pie y cerrando la sacristía. Salió del lugar fastidiada de una conversación cuyas

palabras el aburrimiento deshacía en una bruma tibia. Se sujetó el delantal haciendo un movimiento de cadera. Uno llegó herido, recordó vagamente. Te engatusan con el cuento de que son problemas políticos. No le hizo caso. El cura tomó la palangana, el alcohol desinfectante, el mercuro, una gasa. Limpió la herida abierta y embarrada. Antes lo despojó del zapato, cortándolo de un tajo con un cuchillo. No le miró el rostro. Afrodisia sintió un escalofrío al ver el puñal relampagueando en la semiluz del cuarto. Vio cortar el cuero en dos partes bien precisas.

–El padre gringo es un experto –pensó Afrodisia. El forajido, con los labios bien apretados, no dejó escapar una queja. Tenía saltados los pómulos. El otro se desplazaba cual un tigre de ventana a ventana. Afrodisia enterró en sus ojos una profunda mirada. Algo en él la atrajo inmediatamente. El altar, más allá de una sombra casi pétrea, se puso de un color lila sanguinolento.

–La mujer está embarazada –comentó el padre. –No me he percatado –dijo Afrodisia, tomándole el

pelo, en un tono de sorna desvaído, como midiendo la altura del sacerdote que en ese momento la observó con disimulo, fijando los ojos en un sector de su cuello, por si la cabeza se despegara del cuerpo e iniciara un trayecto distinto. Ella se pasó los dedos sobre la aorta y torció el tronco hacia su derecha, buscando un alivio al dolor que se le acababa de instalar al ver el rostro del joven perseguido. El otro, el del pie herido, se desprendió la camisa y emitió un breve susurro sin que ninguna parte de su rostro o de su cuerpo acusara alguna inquietud. "Es un muchacho sin piedad de sí mismo", pensó Afrodisia al observar esa rigidez de cadáver que daba a su piel la placidez de una porcelana. Afrodisia se alisó la cabellera encanecida con el pequeño temblor de sus dedos. Remangó la parte inferior del pantalón del joven. El vello azulado de su pierna ocultaba un moretón oscuro. Le procuró un breve masaje en el tobillo con un gesto despreocupado. Ella intentaba contarle que los policías habían llegado saltando las verjas y estaban en ese momento hablando con el cura. Una conversación sin escrúpulos plena de

brusquedad. En el silencio dejado por el tiroteo se percibía el ronroneo de un cascarudo sobre la pantalla del televisor. –Empecemos por atrás –dijo el moreno con cara de pez. –Hay una tendencia a huir por atrás – aclaró. –No será necesario. Tenemos al sacerdote con ese perfil bobalicón yanqui. –No es yanqui –respondió alguien–, es canadiense. –Pues lo que sea, él nos dirá dónde está el escondrijo de estos maleantes. –Al cura este le sobrepasa la realidad y se pondrá de nuestro lado –rió con una boca a la que le faltaba un diente, y de un salivazo escupió el naco.

En ese instante sentí una profunda desazón, pero agudicé el oído. Me deslicé contra la verja del portón. –Qué trivial –dijo el abogado del grupo. Era uno de los policías que había estudiado Derecho en Buenos Aires. Por si las moscas. Le enfurecía la vulgaridad. Allá era distinto, hasta los franceses, aquellos que impartían las lecciones de tortura, carecían de vulgaridad. Miró al jefe. En ese punto había perdido la flema y lo vio menos seguro. Lo vio confusamente. Lo palpó más bien, con una mano espesa, enajenada.

–Manuel –le dijo el jefe–. No te metas.

Cruzaron el jardín yendo hacia la parte trasera. Manuel tropezó con un borde de ladrillos; éstos, con sus puntas triangulares, emergían del suelo formando un cantero cubierto de plantas suculentas. Vio al pasar una imagen sacra de cerámica oscura, ladeada hacia un costado. El empuje de un viento invisible levantaba en el ropaje amplios pliegues.

En esa oscuridad tuve de pronto la impresión de que un inmenso foso acababa de abrirse en medio de la tierra. Un abismo circular hecho de plomo, de gris opaco. Muy atrás, otro plantel de policías saltó sobre el muro que separaba la casa parroquial del templo. Avanzaron todos juntos desplazándose como animales mecánicos. Dicen por acá que los policías tienen la inteligencia en el culo. Lo que produce es lo que produce.

Cuando Afrodisia los divisó, prontamente se refugió en el ropero de la sacristía, entre casullas y viejas sotanas que destilaban un hedor a perro, aleación de almizcle y naftalina. Ese olor a viejo que se

parece tanto al olor del orín. Pudo salir del escondite apenas rebajado el alboroto, cuando las pisadas se apaciguaron, empujada por la frase que oyó sin querer. Le golpeó en la frente porque sabía a quién pertenecía esa voz. El sonido se le atragantó dentro de la boca en medio de una saliva oscura, llena de palabras. Se apresuró en cerrar el portón, limpiar la tierra esparcida sobre las baldosas. Guardó la escoba. Se miró las manos. Ya no llevaba su anillo de matrimonio. Había quedado muy en la trastienda de su memoria, en el sótano de sí misma donde guardaba las cosas rotas, los objetos en desuso. Un sótano que había despertado al mirar los ojos de ese joven que huía. En un ínfimo segundo creí que se dirigiría a mí y al mirar su mirada me sentí descubierto.

Doña Eulalia abrió el portoncito de su jardín ocultando el rostro. Sacó un ojo. Sólo un ojo. El ojo certero para observar. Afrodisia oyó: ¿Qué pasa? Y sabiendo bien de qué se trataba dijo: Se los llevarán, sin duda. Pobre mujer, está de meses. ¿Son del mismo grupo? ¿La mujer también? Ella no tendrá nada que

ver. Una se enreda con un hombre y ya se encuentra hundida hasta la coronilla. A una le meten aquello y una se mete en todo lo demás. –¡Por favor! –le reprimió Afrodisia suavemente–. ¿No pudo el cura refugiarlos en la iglesia?

–No sé, no me preguntes. Pues no parece posible. No entra en el orden de su cabeza. Se lo he suplicado – recordó Afrodisia.

–¡Qué no es posible! Estos gringos tienen mierda en el cerebro.

En Afrodisia brotó una corta simpatía por la vecina, aunque no la soportaba. Frunció el entrecejo y arrugó la nariz. Se introdujo de nuevo en la sacristía. ¿Cómo iba a decirle que entre los policías estaba su marido, a quien había abandonado hacía muchos años? Recordó aquel momento pasado: había una calesita, un tobogán, un sube y baja. Poseía la libertad de un niño de escoger el juego que deseara. Ahora no. Había algo en el aire que le imponía condiciones. No tenía opción. La ametralladora deshizo de una ráfaga

la parte superior del campanario. Cayó sobre el pasto un resplandor que cegaba.

Los jóvenes entraron huyendo de una balacera cerrada sobre la calle del costado. ¡Por Dios! Era una lluvia extraña que velaba un rostro dividido en cuatro partes. Para soñar. Para ver esa intención de los perseguidos. La reflexión del cura. Y la cuarta, la mía, la que mira sin intervenir, cuando todo pasado ya es inmóvil. Por más de que esa mirada parecía algo actual, algo estaba sucediendo en ese mismo momento. Una mirada dentro de otra mirada.

La lluvia de balas atravesó la muralla, pero ahora Afrodisia ya sabía quiénes eran. Entre los policías estaba él. Lo vio apartando el visillo. Ahí estaba empuñando su arma; aunque parecía el mismo, no era el mismo. Manuel se había enamorado de Afrodisia a los veinte años. El día aquel, ya en el atrás del tiempo, se encontraron en el Botánico al borde de un matorral de tacuaras. Hablaron con la caricia concentrada en las manos. Él le ofreció la oreja y ella le metió su lengua aceitada, blanda, hecha de miel, en el oído. Se deshacía

en dulzores. Él introducía su mano en su entrepierna, allí donde todo se cocina y fluye el jugo del ansia. No vio o no quiso ver el rostro de su amado. Hacía ya tanto tiempo. Un tiempo diluyéndose en la nada. Se casaron tres meses después.

–No –dijo–. Es hora de salir de estas tinieblas. Lo he visto otra vez. Ya no me atañe. Destapó, de un gesto, un recipiente de brumas.

Abrió el postigo y apartó la cortina. Algo le palpitó en el corazón. Afrodisia vio al cura vendando la herida de uno de los perseguidos agachado sobre la piel del pie, con una rodilla inclinada. Una pequeña iluminación barrió la estancia. De pronto, no había nadie. Ni los perseguidos ni Manuel. Tampoco el grupo de policías ocupaba la cuadra. Sólo el tiroteo que esparcía sus cápsulas y las incrustaba en las columnas del alumbrado público. ¡Señor! Es únicamente el pozo, ese enorme habitáculo negro. Que todo se lo traga. La iglesia parecía dormida y el jardín, desde un sector de la grama recién cortada, se hallaba sumergido en un manto de niebla bajo la suave luz nocturna.

Lo llamó. –Manuel–. El nombre que le asaltaba en sueños. El que le había cautivado alguna vez. Él se apartó del grupo que en ese momento sujetaba al hombre y a la mujer, a quienes ataron con sogas. El cura asombrado replicaba: –¿no me dijo usted, señor Comisario, que el procedimiento era sólo para obtener informes? No les puede tratar como a animales. Manuel ya no atendía. Todo su interés se había concentrado en Afrodisia. Cuando se encontraron uno cerca del otro, a ella casi le asaltaron las ganas. La furia le sacudía con un temblor en el brazo.

–¿Qué tenés? –le preguntó Manuel. Ella se derramó en una sonrisa. Hacía un mundo que no lo veía. Su presencia explotó en la sacristía con el untuoso aroma de algo silvestre. Aquel amor lejano en la noche expande su recuerdo. Ilumina aquel tiempo perdido.

El final de esa canción de la tele suena lamentándose en mi cabeza. Yo estuve ahí, volviendo a asistir a la detención de esas tres personas. La mujer tenía un embarazo de varios meses. El cura los había delatado. Puede que la traición apague la luminosidad

de las cosas, por lo que todo estaba tan mustio y sin razón. –Sólo duele lo que se expone en demasía, pensé–. Y aquí existía algo que se abría y mostraba el vientre despanzurrado.

Al entrar en las habitaciones se desató un forcejeo entre los policías, pues cada quien pretendía ser el primero en apresarlos. La mujer se entregó sin resistencias, más para cuidar al hijo que llevaba dentro que para protegerse a sí misma. El del pie herido tampoco se resistió. Se arrastró hacia la puerta y allí lo esposaron. El tercer personaje saltó por la ventana. Trató de escapar. No tuvo intenciones de entregarse. No se entregó.

Algo gritó la mujer. Entonces, Afrodisia vio a Manuel apuntando al joven. Tenía el revólver a la altura de los ojos. Esos ojos que ella amó tanto. Oyó el disparo. El joven había entrado en la iglesia. Cayó junto al altar, frente al San Cristóbal. Tropezó con un candelabro que al chocar con el suelo emitió un sonido de metal hueco. Por los escalones bajó un hilo de sangre siguiendo las junturas de las baldosas. Afrodisia sintió que el amor,

ese amor tan viejo y cargado de piedras, por fin se había destruido. Sollozó muy quedo; una pasta de cardo molido se le pegó al paladar.

Por ese espacio que parecen ocupar las cuencas de los ojos, vi una extensa película que en mi niñez se pasaba en veinte sesiones en los matinée de cine de barrio, sazonados con mantecado, boquerón, barquillo de guayaba. Un rompecabezas cuya trama mataba de misterio y mantenía el corazón en vilo. La observé con absoluta claridad y cierto alejamiento. Pero eso se hallaba atrás, en otra parte. La televisión exhibía en su pantalla a un policía arrastrando el cuerpo del joven que se refugió en el templo. El locutor explicaba que había sido baleado por uno de su mismo grupo. Una lucha intestina del movimiento. ¿Que se refugió en el templo? Había huido hacia el sitio equivocado. Eran malhechores. Gente peligrosa para la sociedad o de mal vivir, seguro. La policía llegó ya tarde y encontró el sitio en un estado tal, con el muerto, el caos, las cosas esparcidas, que no tuvo oportunidad de participar. En la tele apareció alguien zarandeando el cuerpo del

forajido, por si algo de vida aún le quedaba, pero éste ya no respondió.

En el patio del departamento policial una hilera de hombres ubicados contra la pared esperaba la sentencia. Los fusileros se hallaban a punto de masacrarlos. Al joven del pie herido lo arrastraron hacia la pileta llena de agua oscura, donde lo hundieron cincuenta veces. Con la picana eléctrica le quemaron el sexo, los labios, la punta de los dedos, los párpados. A la mujer la ubicaron en la ventana del segundo piso que da al patio, obligándola a presenciar la tortura de su compañero. Éste, a punto de sucumbir, le lanzó una larga mirada, hosca, de piedra. Sabía que él no vería a su hijo. En eso, el cuerpo del otro joven apareció arrastrado por dos policías hasta el centro del patio. Allí, completamente desnudo, fue introducido dentro de una bolsa de plástico. El grupo de prisioneros observó impotente lo que estaba ocurriendo. Uno de ellos reconoció al muerto. También yo, era mi hijo Andrés. Un perfil le había delatado sumido en la pelambre de una barba descuidada. Lo intuí apenas

apareció, pero no quise aceptarlo. Al rostro de Andrés le sobrevino un sueño. Se sintió arrastrado al borde de un amontonamiento de pies que un ojo enumera y reconoce. Son cuarenta pares, sucios y despellejados. Aun al caer dentro de la bolsa negra los siguió viendo. Se abandonó en ese espacio breve y arrugado. Muy atrás, parodiando una escena de Hugo Betti, Afrodisia sale por enésima vez de la sacristía: "Voy a dormir", se dice a sí misma. "Estoy muy cansada". La madrugada señaló sobre el horizonte una raya de luz mortecina. Se acostó precipitadamente y le asaltó un sueño. Los dos sueños, el de mi hijo que venía de la muerte y el de ella, se unieron en uno solo: se desplazaron juntos aunque estuvieran separados por un abismo. Tejieron una membrana que subió por el aire. Algo de ella se fue con él, reconoció en esa duermevela una suerte de ligazón. Una engañosa simpatía al verlo tan desprotegido. Él sintió algo semejante al entrar en el templo y, a pesar de su angustia, de su desesperada carrera, se detuvo al ver ese rostro marchito, aniñado, con una extraña sonrisa. Eso que pareció un instante

se fue extendiendo hasta el fin de la jornada. Dentro de esas divagaciones, Afrodisia le miró con absoluta fijeza, sin mover los párpados:

–¿De quién es el hijo que lleva? –preguntó Afrodisia.

–Es mío –contestó el muerto–. Aunque ella amaba a mi compañero –agregó, con un dejo de ternura. Arrimó los ojos sobre ella sin nada más y su mirada se agostó hasta volverse polvo.

–Me han puesto una camisa de fuerza –dijo él, ya en el otro lado de las cosas.

–Yo estoy, por fin, libre –contestó ella.

Sin duda, se hallaban en el mismo laberinto, ese que no tiene salida.

Así me enteré de que tendría un nieto. Se lo llamaría Luis.

X

Observé detenidamente el rostro de mi hijo. Y volví a sentir un puñal hincándose en su cuerpo.

–¡Qué extraño haber vivido tan distantes! –pensé.

Andrés, era evidente, necesitó deshacerse de su vida anterior para reemplazarla por una nueva aventura. Esta idea me pareció bastante despectiva para una acción que terminó con su propia muerte. Busqué en los rasgos a ese niño que había dejado atrás. Comparé esta imagen pétrea con el aire infantil del pasado. Me costó hacer coincidir a este hombre de rostro ya maduro con el de aquel que abandoné junto a su madre hacía tanto tiempo.

Aparté una reflexión tan banal y superflua. En su garganta se instaló una aspereza repugnante al imaginar a mi hijo de ese modo. Concluí por aceptar que Andrés, con ese perfil sostenido por un rictus casi invisible, ocultaba un Andrés distinto. Comencé a

temblar, me cayó una especie de entumecimiento. Una tirantez que precede al calambre. La melancolía transeúnte de un asteroide apagado. Sobre la seda rústica, brutal, del firmamento. No había forma de calmar el corazón atrapado con esa angustia del ave dentro de la jaula del cuerpo.

XI

Algunos días no podía acercarme al portón porque inmediatamente se imponía detrás de sus barrotes un gran espejo.

"¡Atrevete a ir más lejos!", me grita. Al principio fue una vocecita suave, casi inaudible. ¡Atrevete! Una voz dentro de otra voz. ¿Lo había yo imaginado?

Recuerdo el tono de lujuria que se deslizaba por debajo y subía hasta alcanzar el éxtasis en cuanto la vocecita se dejaba oír. Pronto subió de volumen y sobrevino el aturdimiento. No se percataba sino de su propia locura para averiguar qué tipo de atrevimiento se me exigía.

Frente a frente, el espejo devolvió la imagen de mi boca. La lengua me esperaba adentro. La lengua se adelanta y penetra en la concavidad carnosa hecha de labios propios y ajenos, palpitante de gustos y sabores, bañada de salivas espumosas y llena de palabras, única

hasta ahora, se sintió duplicada. Ese día, al abrir la boca, en el fondo del paladar apareció otra boca, una cosa diminuta con una segunda lengua. Una lengua reducida bailando con su tamaño de larva, sin ningún espesor.

Me sorprendió encontrar esta boca y esa lengua dentro de mi boca.

–¡Atrevete! –decía el pequeño orificio que no dejaba de hablar ni de sacar a su habitante con un mohín instantáneo. No había forma de silenciarla. Aun cuando la gran boca permanecía cerrada, la otra, la ínfima, instalada al lado de la garganta, no dejaba de emitir ese sonido repetido, esa letanía. A poco, el volumen era ya insoportable.

Un ventrílocuo se desayunaba allí con palabras violentas: ¡Atrevete! Era la puñalada; era desgajar la ventana de la propia ventana, el rostro contra el rostro, la cabeza descuartizada. "¡Abrí las piernas!", gritaba. "¡Violate con el tubo del teléfono!". No había forma. El silencio no entraba en sus planes y le era imposible tragarse la menuda lengua.

Sentí un taconeo feroz en mi cabeza. El corazón, un fanal ardiente, recrudecía sus pasos. Un palomar de pronto abandonado en una secuencia de feroces aleteos.

"¡Atrevete!" ¿Seré yo el que habla o es la nimia boca que me espera dentro de mí mismo con la paciencia de un refugiado? ¡Habla! Desciende de esa voz especiosa. "No he vuelto a verte. No he podido volver a encontrarte".

–¡Atrevete! Un vozarrón como si saliera de un emisor distinto inundaba la cavidad, más allá de los dientes. De pronto se produjo una confusión. Ya no podía distinguir quién hablaba. Eran dos secuencias. Dos voces. Dos sonidos. Pero no era yo.

Todo lo que se escribió hasta aquí parecía real. "El aroma del sudor. El espacio de la caricia que desprecia el amor. Porque siempre carece de algo para sentirse completo. El desprenderse de todo en el umbral del postrer beso", vociferaba desde adentro. Pero también: Sos un delator. A cuántos has llevado a la cámara de torturas. ¿Cómo se llamaban? ¿Cómo? ¿Se pueden

conocer sus nombres? Un cortejo salido no se sabe de dónde anuncia a coro la lista.

La voz de la ínfima boca se atragantó con palabrotas, como si me insultara por haber memorado esos nombres, con un odio oscuro y baboso. Empezó a crecer. Lo primero que se comió fue mi propia lengua. Luego mi boca. Fue tragándose el contorno a medida que todo lo devoraba con una premura increíble.

Al volver en mí, no pude distinguir nada. Estaba envuelto en un tufo de palabras. Pensé en terminar de escribir este relato antes de que la oscuridad completa me sobreviniera. Sabía que a esa edad mi cuerpo ya me era extraño y cobraba sus desparpajos. Con la ceguera momentánea. Con la imposibilidad de moverse o levantarse de la silla. Con un tirón en la espalda que me sacude hasta dejarme tieso, o encorvado como una hoz.

Y no podría concatenar los sucesos, que se enredaban hacia las sombras en una red de tentáculos. Mil vericuetos se confunden y entrelazan. "¿Será una realidad dispuesta en una cárcel de locura? Quizás, en

una noche soleada. Un día oscuro vaciado en un minuto sobre mi cabeza". Desplegué el papelito sobre la mano derecha. Un temblor. La mano trémula de la niebla. "Le hemos condenado", leído con premura de un solo tirón. Escrito con minúsculas letras. Líneas imprecisas que se desplazan sobre el papel sin poder esconder su torpeza. Al fondo, empezó a subir la altura del muro ocultando el verdor, los árboles. Parecía destinado a borrar todo el río.

XII

El tejado inclinado apareció bañado por el último resplandor de la tarde. En la superficie plana, acostado sobre las tejas, estaba un hombre casi desnudo. Se había refugiado allí cuando la policía allanó la casa e inició una persecución sin pausa. Recién amainó la búsqueda al tercer día. Tres días bajo un sol rajante habían enrojecido su piel, de un marrón sanguinolento. Esa última noche que pasó ahí sobre el techo sintió el husmear de las ratas, entre las piernas, en la espalda y en los pliegues de los sobacos. Decidió bajarse antes del amanecer. Caminó veinte cuadras hasta alcanzar la casa donde viví. Apretó el botón del timbre. Le recordé como si ayer fuera hoy. Recordé incluso lo que dijo cuando abrió la puerta.

Ahora ya estaba ahí, llevaba los calzoncillos totalmente manchados y los ojos cubiertos por una legañosa membrana.

–Me buscan –dijo. Lo introduje inmediatamente, le di ropa, algo de comer. Lo subí al trascuarto donde lo ubiqué en un camastro y allí quedó, al minuto, dormido. Como si hubiera buscado un refugio en la paciencia tranquila de las cosas sosegadas. Durmió más de doce horas, y al emerger de esa sepultada inercia enmudeció de golpe. Se desplazó lentamente de un lado al otro del portón. Le rogué que se tranquilizara. Pero no era tranquilidad lo que le faltaba. Podía conseguirle un sitio para esconderlo todo el tiempo que precisara. Pero el hombre siguió sin emitir ni un suspiro. Llevaba en el rostro un disfraz de silencio, el de una humareda petrificada. Recién al mediodía quedó quieto, se arrodilló y me llamó.

–Háblame de mi padre –dijo. Ante ese ruego me acerqué. Sabía que se trataba de la representación de un episodio que había sucedido hace tanto. No me extrañó que temblara un poco.

–Apenas nos hemos hablado, apenas te conozco. Incluso ahora que ya es tarde, me asalta la duda de si es posible develar el misterio.

–Desde luego –contestó el hombre–; hemos sido la esfinge del uno frente al otro.

Hizo un guiño cómplice y me extendió esa sonrisa que se parecía tanto a la de su bisabuela.

–Ya sólo podrás intuirme a través de la transfiguración de la memoria –dijo.

Él era mi nieto, al que habían llamado Luis. Introduje la mano entre los barrotes para tocarlo. Para atrapar, aunque sea con ese último temblor, una brizna de su carne calcinada, lo que su ausencia me había arrebatado. Me sentí solo.

XIII

El portón comenzó a iluminarse del mismo modo que sucede en días de tormenta, cuando las cosas se vuelven intangibles. También aquí se debía llegar a esa ceremonia final. El rito no siempre acierta, pero, de todos modos, tranquiliza.

Una despedida necesita muchas páginas. La joven mujer inició esa tarea. Escribió toda la noche. Aquello estaba dirigido a una persona que ahora ya no existe. El hombre recibió la carta y subió al avión. Nunca imaginó que haría algo semejante. El avión se arrastró sobre la pista. Él recordó en ese momento el baile que los juntó la noche anterior. Ella bailaba sin mover la cabeza. Sabía que era por el peinado, cubierto de jazmines. ¿Era sólo por eso? ¿O algo la paralizaba desde el interior?

Cuando fue anunciada aquella danza que enlaza los cuerpos, las luces se apagaron. Un tango invadió el

espacio con ese aire de llanto promiscuo que es el arrastrado sonido del acordeón. Él apretó sus pechos y le fue subiendo el vestido hasta que llegó a las nalgas. El avión rugió de golpe. Le temblaron las alas, como si no estuvieran aseguradas. Sacó del bolsillo una petaca de aguardiente, lo bebió hasta la última gota y sintió que nadaba en un enorme silencio. Con una sensación de ahogado perdido vio su propio naufragio.

–La policía me tiene acorralado –explicó.

En la esquina del salón, la apretó contra la chimenea. El lamento de la música cesó de pronto. –Estoy al borde –le dijo, he llegado a la línea final. Dijo final para no decirle tus piernas. Entonces la besó. Ella decidió abandonarse. Su aliento creció cuando la sostuvo contra el parante. Él deslizó sus pantalones hacia abajo. El avión dio un barquinazo. Se demoró en el aire igual que un picaflor. Luego empezó a caer.

Capotó en un suspiro hincándose en el suelo con llamaradas y una inmensa humareda. Alguien fotografió la escena. Ahora ella tiene la foto fijada con un alfiler en medio de la carta. Una carta muy larga escrita en un

cuaderno de veinte hojas. El borrador de la carta donde ella le dice adiós y que ella lee de vez en vez, cuando está sola y llueve. Que él también había leído y supo lo que debía hacer: subir a la bicicleta e ir al campo de aviación. Las canciones de amor son así, aún se oyen. Aun después de mucho tiempo. Cada día. Cada noche. Duermen y despiertan siempre. Ella escribió. "Además de amarme, ama por sobre todo la libertad".

En ese recuerdo no pude detenerme. Corrí a mi habitación. Abrí el cajón donde aún latía el cuaderno de veinte hojas. La letra de mi madre era clara, alta, abierta como palomas. La carta que ensayó escribir en ese minuto álgido y fatal.

Es un escrito apretujado de palabras despedazándose en palabras, una voz que sabe arder arrojándose en la llama de las palabras, mariposa aniquilada por un destino abrasador. ¿Es ésa la metáfora que sólo llega cuando el final está cerca? Un cuaderno habitado por aquel amor que se convoca desde el olvido.

Hay ciertas músicas y especiales giros que se vislumbran en esas líneas trazadas desde ese alguien que la quiso con desmesura, a tal punto que prefirió la libertad. Esas hojas aún tiemblan.

Puñales fríos se clavan en el torrente de la sangre.

Puñal que corta el aire, puñal invisible, más intenso si se lo oculta; como buen instrumento, sueña con el momento de herir. Es su naturaleza. Lo suyo es un temblor acuciante. El mango presuroso. Su filo puntiagudo. El brillo oculto. Escribe sobre esa sangre y al punto las palabras desaparecen.

Ella trató de escribir su llanto en un monólogo sin fin; trató de escribir un silencio con un montón de palabras. Será lo único que permanezca cuando mi boca comience también a desaparecer, comida por esa otra boca enloquecida y tenaz. El silencio en el portón se anegó de silencio.

Si es posible recorrer la dirección de mi mirada en ese instante sólo concluirá en un montón de cenizas, como la flecha que se incrusta en el pecho y revienta

en una mancha oscura. ¿O es la inercia del agua fluyendo hacia la menor pendiente sin ser nunca la misma?

¿Qué se espera del ardor de la llama sino que suba por el aire, ilumine el pozo y el calor invada sus límites?

Nadie puede poseer todo lo que desea y nadie se lleva nada cuando parte. Las aves te comen los ojos y plantan allí la semilla del viento.

Por eso, quien recorra la mirada del personaje que uno es podría leer este libro, moviendo sus hojas en ese soplo y hacer crecer un árbol escrito sobre la tierra. Un árbol que carece de raíces y vaga a la deriva. El viento lo traslada deslizándolo por una superficie de espejos.

¿Fue insensato el suicidio o insensato el amor? "Quizás tengas la repuesta antes del amanecer", me dije.

XIV

Un hombre pequeño se oculta al lado del timbre y no acierta con el pulsador. Es la oscuridad, piensa. O quizás los ojos, pues ha perdido un cincuenta por ciento de la visión. Le acompaña una mujer de mediana estatura, vestida con moños, falda acampanada y cintas. Una pechera bordada le aplasta los senos. En la cabellera, un alfiler con una mariposa de perlas falsas. La boca pintada con un rojo devastador hace un mohín cada tres minutos.

Dice con rabia: "No nos quiere recibir".

Miro a Ricardo, el hombre que está a su lado, y lo reconozco. Es mi hermano y ella su mujer. Aquél se ha dedicado al negocio de empedrar las calles, y es, de hecho, un empresario poderoso. No ha fabricado solo su fortuna: tiene al lado a esa mujer (trato de recordar, se llama Laura, pero no estoy seguro) que lo apoyó, arreglándose en todos los escalones y tomándose de

todos los fierros hasta hacerse del capital que hoy tienen en el banco.

Esos esfuerzos no serían suficientes si además no se hubieran aliado al comisario. Negociaron su ascenso palabra sobre palabra. Ricardo se dedicó de lleno de abastecer la jerarquía oficial de chicas y muchachos para el uso. Pero un hijo les salió mal. Un hijo que de alguna manera vio otro perfil. El vástago Pedro se vinculó con una organización clandestina y se halla intensamente buscado por la policía. Yo mismo no puedo dejar que se me escape una sonrisa . Pedro está escondido en mi casa y no pienso abrir el portón. ¿Se trata de un acto en el archivo del pasado o vuelve a ocurrir en esta parcela de recordatorios?

Pasan por mi cabeza todos esos momentos desde el día en que mi hermano abandonó la casa paterna para meterse a trabajar por su cuenta. Bien se sabe que Ricardo fue inducido por Leonor, su ex cuñadita, la amante del Coronel, que le consiguió un lugar en el dormidero que tienen junto a la seccional. Era una casa de estudiantes para campesinos, pero usufructuada por los hijos y parientes de los mandamases.

Me escondo detrás del guayabo a fin de oírles sin dejarme ver. La mujer, con el rostro descompuesto, furiosa, avanza hasta la reja, con el difícil desplazamiento de una tortuga, levantando la pollera. Cuando un taco se le tranca en la ranura de las piedras, lanza un gritito gatuno.

Esta mujer siempre habla llorando, con un tono mendicante. Una forma de suplicar que le viene desde el fondo de los siglos.

Pero ahora ha desarrollado un instinto vengativo. Se ha vuelto altiva, avasallante, una fruta que abre su dentadura a las palabras soeces y a mordiscos garrapáticos. Aunque el lloriqueo es del mismo tono de antes.

La mujer se tomó de los barrotes y gritó:

–Sabemos muy bien que nuestro hijo está ahí. Tenés que decidirte a entregárnoslo. Aunque Ricardo sea tu hermano no dudaré un minuto en denunciar este acto como un vulgar secuestro.

Continuó con un tono casi lascivo, y en su iracundia olvidó aquello de acogerse al silencio cuando

algo no se puede tolerar. –Queremos llevar a nuestro hijo –volvió a gritar–. Y olvidaremos este asunto.

Hecha una ménade, la mujer tomó el bolso que le colgaba de un hombro, sacó un billete de cinco mil guaraníes y lo arrojó dentro del patio. –Para lo que necesite ese bastardo–concluyó–, sin molestarse por ese término a pesar de estar aplicado a su hijo. Vi cómo el billete se balanceaba en el aire, una pluma que se posaba suavemente sobre el pasto.

¿Qué deseaba pagar esta mujer con ese billete? ¿Cuál de sus múltiples pecados o errores alérgicos, o pedorreas estivales?

No me moví hasta que todo se esfumó de golpe. Sentí una mezcla de vergüenza infinita y de agudo desprecio. Ni me molesté siquiera en mirar ese denario que apenas emergía entre las petunias silvestres. Recogí mi sombra y entré en la casa.

XV

El portón se sumió en una niebla espesa. Se estableció un silencio esmerilado, lechoso, salpicado de vez en cuando por el martilleo sobre la faz dura de las piedras. No se veía a dos metros. Apremiado por un revoltijo miré mis manos. Dos pretextos para discurrir en mi cabeza un comportamiento disipado.

El tener dos manos enfrentadas una contra la otra se me hizo insufrible.

Mi propia mano escribe cartas insultantes, desaires e, incluso, cada tanto, envía notas a mis amigos llenas de epítetos injuriosos, amenazantes, de reflexiones malévolas acerca de la otra mano o de mí mismo. Esta mano no es de las que desconocen lo que hace la otra, pues se entera de todo. Vive pendiente de sus menores movimientos y aunque gesticule menos no deja de menearse ni ser menos expresiva.

Con la rivalidad que existe entre ellas no consigo dormir. En medio de la noche, la izquierda espera

agazapada el momento oportuno y salta con violencia hacia la otra propinándole un feroz pellizco. Hinca las uñas en la palma de la mano derecha y cierra sobre ella el puño atrapándola con fuerza hasta hacerla sangrar. Esta insoportable opresión logra mantenerme en vela hasta la madrugada.

El almacenero de la esquina, sin ocultar su gusto por el cotorreo, me explica que se trata de una escena de celos. Ya que en el caso de los zurdos es la derecha la que actúa de esa manera tan ocurrente. Una mano que se considera retardada no puede ni siquiera comprender cuán útil es a la hora de ayudar en cualquier faena complementaria. Atajar el hilo. Sujetar la tela, poner las medias. Rascar la punta de la nariz. Una mano que esconde un contubernio. El puñal, no. El puñal es para la otra, aclara. La otra sabe asestar el golpe. Es más legal. No es posible imaginar entre ellas el sentimiento de la amistad, que es fundamentalmente un entregarse, un ponerse a disposición. Es certitud, es confianza. Otorgarse sin subterfugios. Aquí se vislumbra todo lo contrario. Están separadas por el abismo del cuerpo. Lo que no es poco.

Fue en ese momento de la reflexión que las manos comenzaron a huir. Una contra la otra me arrastraban hacia una nube de sombras. Llevada por el viento, la palma abierta, el ala temblorosa, la mano izquierda imponía un gesto apremiante consiguiendo tan sólo una férrea tendencia hacia ese lado, una inclinación, un pliegue que atraía con el ímpetu de una extraña fuerza. Quedaba el otro sector de mi cuerpo petrificado, caído, con la mano derecha agitándose, bamboleándose en un giro de ahogado perdido.

Es la historia de dos tensiones que andan cada una por su lado. La mano que no sabe escribir, pero ayuda a pasar la hoja, fascinada por la nostalgia de ser la otra, más inteligente, mejor dotada, la diestra, siempre la otra. Una historia repetida hasta el cansancio.

En eso llegó un telegrama. El ojo leyó con lentitud en la semipenumbra. El párpado quedó abierto, fijo sobre una esquina del papel. La mano estiró los dedos y lo cerró. El telegrama decía: ¡Adiós! Nada más. Sin firma. Sin destinatario. Y siempre aquella frase amenazante prohibiéndome recordar.

–Podría evitar la literatura –me dije. Por supuesto. No se debe imaginar la música que se arrastra bajo las ranuras de las puertas. Ni en el desván, ni en ese cuarto gris de la memoria donde se acumula la ausencia. Sólo la música devuelve la integridad. La música, esa columna que sube por el tiempo, hasta alcanzar el silencio. Lo que resultaba bastante difícil en medio de ese trabajoso muro que se levanta alrededor de la casa cubriendo los cerros, los montes y el río, víbora de agua en el esplendor del paisaje.

¿Y la locura? Contenida en el periplo del cuadrado de las murallas, era reprimida atrozmente y no alcanzaba a apaciguar ese ominoso conflicto de mis manos. Una dedicada a expresar algo; la otra, preocupada en aprender a callar.

Pero aquello fue sólo parte de un apremio; una seguidilla de angustias recurrentes entre las escenas de ese rosario sin fin que nadie podría descifrar.

XVI

¿Qué es lo que lamento? ¿Este llanto por qué? Cruza el *Réquiem* de Mozart sobre el taciturno volumen de la oscuridad. Los ojos de un retrato lo miran, inquietos. El retrato, una litografía, está colgado a la izquierda, en la proximidad de la ventana cercana al estanque, por donde se divisa el portón.

El ojo derecho es más grande que el otro, y tiene un aire de fijación, de asombro patológico. El retratado se inclina para escupir una palabra o para encerrarla, bajo los labios apretados, en una actitud pétrea de lagartija.

Fue el mismo Luis quien hizo sonar el timbre. El portón se llenó de luz y mi nieto pidió que la apagaran. Traía a una mujer del brazo oculta bajo una pañoleta oscura. Dijo: –Te la dejo. Es necesario que la escondas por un mes.

Pero la casa tampoco era esta casa. Era la que investiga su sombra debajo de los mangos. En la total

oscuridad, Luis condujo a la mujer por la escalera que llevaba a un pequeño espacio superior.

Al día siguiente propuse vacaciones a todo el servicio y quedé solo. Informé a Luis acerca del sistema a adoptar: la mujer debía limpiar la casa, preparar las comidas, no atender la puerta ni el teléfono. La música debía sonar todo el día. El *Réquiem* de Mozart. Al regresar a casa, yo tocaría el timbre tres veces. Ella se recluiría arriba y no volvería a bajar. Sólo descendería a realizar sus tareas cuando yo me ausentase. Los pequeños menesteres realizados con precaución. Esto duró exactamente cuarenta días, más de lo previsto por Luis.

Un día, mi nieto me comunicó que habían encontrado una Embajada donde asilarla. Vinieron a buscarla por la noche. Se apagaron las luces y ella pidió despedirse de mí. Bajó las escaleras tanteando cada escalón con la ayuda de Luis. Yo la esperé al final. Nos abrazamos en la oscuridad sin decir palabra y ella salió. La casa quedó más vacía que nunca y más lejos, como si huyera entre las veredas y las casas de la ciudad. Sólo el *Réquiem* permanecía.

Volví a tener contacto con esta mujer algunos años después en una ciudad extraña, en una cena que ofreció una amiga suya el día de su cumpleaños. Allí supe que ella era la madre de Luis. La misma mujer que yo había visto en el templo de San Cristóbal. Aquella amiga la había invitado con la intención aviesa de regodearse en las inexplicables coincidencias que ofrecen los recovecos de estas inciertas historias. Fue extraño para mí enfrentarme a ella en ese momento. Llevaba unos aros de plástico que le rozaban los hombros, a tono con su maquillaje. Oscuro. De tierra roja. De tierra agrietada, sobada con espátula, cepillada. Con ese olor a muerte que la piel exhala. Un aroma caliente o de rancia lavanda. Se me oprimió el corazón. Sufrí como si ella tuviera la culpa de todo.

–Estoy intrigada –lanzó desde unos labios gruesos y pintados, señalados por unos dedos de largas uñas. Traía una botella de licor. "Para compensar la que tomé en tu casa". Reprimió un pequeño hipo frunciendo la boca. "Escribo poemas y cambié de nombre. Aquí me llaman Loreta". Sacó la lengua en una sonrisita diminuta. Instantánea.

Entonces me acerqué a ella. Traté de ser lo más cauto posible. Dije: "Luis ha muerto". La miré atentamente, con la fijeza de una lagartija, para percibir hasta el mínimo temblor de su piel revocada.

En un minuto, todo ese emplasto de color y grasa se fue derritiendo. Unas lágrimas negras se desplazaron sobre la piel fabricada en una imprecisa humedad de lodos milenarios. El derrumbe se verificaba como si un ácido le carcomiera el rostro.

Enmudeció.

Los comensales trataron de hacer pasar el momento. Alguien levantó un plato para volver a servirse. La mesa, más allá de cualquier residuo de palabras o algún movimiento descuidado, se había convertido en un espacio sin profundidad, un lugar de figuras recortadas sobre un fondo neutro. Podía oírse el silencio muy claramente. En mí sucumbían los aires de mi cobardía, envolviendo en esa parquedad un sonido miserable aturdido por ese enorme vacío.

XVII

El portón adquirió una leve tonalidad violácea. Nadie pudo ver con nitidez hasta que las luces fueron aumentando; con la lenta liberación de la niebla, el telón traslúcido se descorrió siguiendo un riel imaginario.

Era un salón – comedor, el bar San Roque, sin duda. Se imponía un aire de antigüedad con esos muebles vetustos, pintados de verde inglés, sillas thonet, faroles de metal, tulipas de Murano. Allí se miraba la gente con sospecha. El cuchicheo asordinado de rigor. Se temían. Siempre podía contarse con un traidor entre los comensales. Cualquiera podía ser un traidor. Incluso tu mejor amigo.

Luis me había convocado al bar que evidentemente frecuentaba, y cuando entré ya estaba sentado frente a la ventana velada por una cortina de encaje. Había crecido y madurado en un santiamén.

–No te detuvieron, por lo visto–. Le palmeé los hombros y se sentó. El anillo del dedo índice se cargó de una forma de electricidad y le hizo temblar la piel. Vivía en la clandestinidad, en cualquier parte, de un lado al otro. No tenía idea del paradero de su madre.

–Me bajaron del ómnibus sin ningún miramiento – contó–, frente al batallón. Eran civiles con pañuelo rojo al cuello. Me dieron con la cachiporra porque no quise que me revisaran. Caí al suelo y ahí ya no ofrecí resistencia. El Comandante de la Guardia, sin embargo, me dejó pasar.

Nos ubicamos uno frente al otro. Yo me vi a mí mismo pidiendo un pastel de verdura. Luis estaba más preocupado por el mimeógrafo que había depositado en casa de amigos. Debajo de la cama. ¿Dónde ocultarlo ahora que las cosas queman?

–No lo podrás usar. Te meterán en cana hasta pudrirte. Lo miré sin mirarlo. Como traspasando el cristal de sus ojos y desapareciendo después, hundiéndome en un túnel sin salida.

Me devolvió la mirada y con extremo cuidado sacó del bolsillo izquierdo una lata con una pequeña lengüeta de tela. Es para la noche. Construcción casera, se excusó. –El trabajo es hacer volar los automóviles policiales. Tenemos registrados tres en la cuadra de la comisaría.

Alzó el plato con el pastel hasta la altura de la boca. Por encima, observó la mesa vecina. Al terminar, salimos sin decirnos palabra tal cual dos desconocidos. Al llegar a la ochava, Luis recibió dieciséis balazos. Yo seguí caminando sin volver la cabeza. El cuerpo de Luis se desplomó en un movimiento de cine mudo que no puede traducirse en palabras. En un silencio lentísimo, se sintió constituido íntegramente de sombra. No llegaba ni a los dieciséis años. ¿Oíste algo? ¿Querés hablar o no? Que vaya directamente la orden al espinazo. Sin miedo, levantar la cabeza. Caminar recto sin parpadear. Supe que la cobardía puede presentarse en mil formas, en una pesadilla que puede durar una eternidad.

Vi avanzar en sentido contrario a dos mujeres. Me conocían desde siempre. Me invitaron al teatro; esa noche se estrenaría la obra de un gran comediógrafo del sistema. Yo traté de zafarme educadamente. Reculaba mi propia vergüenza en unos ojos que declinaban toda expresión.

Nadie osaba mirar al baleado, tirado boca abajo sobre la acera. No podía percatarme si yo lo había abandonado o Luis se apresuró en ausentarse. ¿Se puede decir así? Tiene que ser una broma. Tiene que haber una explicación. Al doblar la cuadra, apresuré el paso. No es posible suicidarse sin ser libre. Ni exponerse de ese modo. Sin mediar ningún cálculo.

Las mujeres siguieron su camino con igual parsimonia, eliminando todo gesto superfluo. Tomadas del brazo como si visitaran un jardín. Sonreían.

–Si no te metés en nada, podés disfrutarlo –aseveró una de ellas con sabiduría de tortuga vieja. Era la misma que batallaba desde la mesa de su comedor por la democracia. Los sábados convocaban

a las mujeres vecinas a salir con las ollas y las cucharas para dar la vuelta a la manzana. Hacían un ruido ensordecedor y los policías las miraban con un sarcástico estupor. Se fijaban, sobre todo en las tetas o el culo, según lo que movieran.

XVIII

Era medianoche. Me veía cabecear, un movimiento que más bien era un ejercicio para desentumecerme el cuello, frente al televisor. No había comido en todo el día, pero seguía inapetente. Hace mucho que mi estómago apenas soportaba un pequeño mendrugo, una taza de té de cedrón; mas en esa jornada se me estableció una suerte de total ayuno. Me abrumaba el temblor en las manos, la picazón en los costados. Un desvarío me corría por el cuerpo. Una fisura de la que manaba una lenta excrecencia de vapores rancios.

–Es la locura –me dije–. O quizás la vejez.

Me sentí mortalmente cansado, dentro de un maleficio interior que parecía dominarme.

Era la primera vez que avizoraba el término. El límite final de la vida. Dirigí la vista hacia el portón, donde de nuevo sonaba ese maldito timbre. Había

nacido en el norte, en la línea del Capricornio, sobre ese mismo río que ahora diviso desde casa, hace ochenta años. Un río tan viejo que parece llevarse en su correntada el fango exhumado de sus orillas.

–¿Qué diablos pasa? –Alguien dejó escapar un hipo. La habitación tenía dos espejos rectangulares frente a sendos sillones de peluquería. El piso se hallaba cubierto por mechones de pelo. El portón abierto con suavidad apartó de sí una película azulada. Allí, entre el montón de cabellos negros, canosos, rizados o lacios, esparcidos por el suelo de la habitación, me veía acostado. Me veía joven, de otro tiempo. Empujé los mechones y la basura hacia los zócalos dejando un sitio para recostarme. Puse un brazo bajo la cabeza. Ver desde allí las patas de los sillones con el respaldo móvil y los policías cubiertos por una tela desde el cuello era un espectáculo propicio para la reflexión. Se esparcía un montón de sabiduría popular. La sabiduría de la sumisión y el poder.

Sentí un profundo desprecio, algo dentro de mí se movilizaba, en un prevómito, un mal de estómago, un temblor que llegaba desde los pies.

En el momento del corte de pelo, todos padecían de un infantilismo de imbéciles; los peluqueros, un coro de charlatanes. Sorbían el tereré con fruición, bebiendo la sustancia del viento, y escupían al suelo con una ostentación de perdonavidas sobre un hombre que, en el otro sector de la peluquería, también yacía en el suelo. Un juego de puntería, instantáneo.

–Éstos se lo merecen –dijo uno de ellos. Y largaban la carcajada. El piso estaba encharcado, con la marca de las suelas. A la izquierda, el rellano de la escalera permitía cubrir el hueco con una puertita. En ese lugar, postrado en una camilla, un joven de unos diecisiete años permanecía encerrado. Cada tanto, el hombre preso le alcanzaba un poco de comida y me convidaba. Al principio, Julia me traía una matula bien escasa. En cada visita, los de la comisaría le mostraban el paquete del sexo con las manos. Lo hacían girar en la entrepierna acompañado de una sonrisa soez. Por lo

que pedí a Julia no acudir al lugar, no sea que terminase violada. Después de esos mendrugos, el muchacho del rellano suplicaba que se lo tumbara de costado: tenía la espalda totalmente lacerada. Exhibía las palmas y los pies destrozados y sin uñas.

Se oía la música en una forma vocinglera a todo dar desde una radio que sonaba para ahogar gritos de las víctimas.

Chuli, un hombre joven que había caído preso conmigo, ocupaba el centro del patio bajo el sol abrasador. Parado, le imponían estar –sin moverse – sobre la única baldosa limpia. Todo el resto del piso exhibía papeles de baño, sucios de excrementos y orín amarillo, pelos y trapos sanguinolentos desparramados frente a las letrinas que los presos limpiaban al mediodía. Chuli sería expulsado del país y nunca regresaría. Ni muerto. Aunque la deportación era considerada un castigo, no debía ser rechazada con ligereza. Esta ciudad debería ser abandonada con una sensación de libertad.

De vez en cuando cruzaba el lugar alguien uniformado de color caqui, aceitunado. Los otros vestían trajes oscuros y corbatas liláceas embutidas en el pantalón. Llevaban casi siempre sombreros, una costumbre que acabó por caer en desuso a mediados de los cincuenta. Completaban el circo tipos vestidos de paisano a fin de mimetizarse entre la gente. Extraían de esta manera mejor información. Eran también los encargados de torturar al muchacho metido en el hueco, a quien todas las noches lo llevaban "a pasear". Se iniciaba el interrogatorio con su padre, quien no cedía en su empeño de callar, por más gritos que su hijo lanzara desde el cuartito. Un silencio más estridente que el llanto del muchacho, hundido en la pileta.

Todo desapareció en un instante. La luz se concentró en un pedazo de papel, doblado por la mitad. "La amenaza persiste", leí. La amenaza nunca tiene palabras. Era un papelito que me fuera entregado por uno de los presos, encargado de la construcción del muro. Un hombre oscuro a quien se le había prohibido

hablar. Todos los reprimidos en esa forma tienen una actividad pedorreica bastante inusitada. Si algo no sale por una boca sale por la otra. Creí que el pantano del fondo había iniciado, de nuevo, su tiempo de pestilencia. Pedí que arrojaran todos los papeles con los escritos llenos de presagios amenazantes. Pensé que ese lugar era el adecuado.

XIX

Luego, ese espectáculo inadmisible: tres mujeres empujadas brutalmente en la esquina opuesta del claro en medio del portón; una venía con la cabeza rapada. Su rostro no demostraba nada. Sólo miraba atenta, fijamente, lo que estaba sucediendo en el centro de la escena. La segunda era mi hermana, Julia, y la tercera, Juana, de profesión enfermera. También yo ocupaba en ese lugar todo el interés posible. Uno comprendía ahí, en ese borde de la vida, que la mente humana es algo terrible: sentí que "nadie era inocente". Pero también esto parecía falso.

Detrás de esas mujeres había un ejército de campesinos descalzos; a la izquierda, un pelotón de soldaditos esmirriados, con fusiles casi de la misma altura que ellos. Una voz desde la derecha dejaba caer una orden. Uno de los soldados atravesó con la punta del fusil la cintura de la primera mujer. Se oyó un resuello casi imperceptible. Nada más. Apuntó la voz:

"Para que muera con dignidad y sobre todo lentamente". Una voz estentórea, filosa, remató en guaraní una interjección. A Julia, que tenía más de cuarenta años, le degüellan de un tajo de sable. Un soldado tomó la cabeza por los cabellos; aún con los ojos bien abiertos. Había engordado y los párpados le colgaban, hinchados. El cuerpo desmadejado, tirado en el suelo, tenía marcados los pechos convertidos en globos de feria. Se le cayeron tres o cuatro cadenitas de oro, con piedras y abalorios. Uno de los campesinos se apresuró a despojarle. Encharcado en sangre, el tipo sonríe con una boca sin dientes. Con esa que apenas puede contener la lengua.

–Hay que pasar la noche, compañeros –dijo alzando un dedo hacia arriba. Uno de los soldados, totalmente ebrio, arrastró el cuerpo de la primera mujer que acababa de expirar.

A Juana le reservaron una verdadera juerga: se exigió a cada soldado hacer uso de la mujer, a la que dos campesinos le abrieron las piernas. Pasaron, de a uno, muchos sujetos mostrando el trasero. Al concluir

esa faena se adelantó el de la voz profunda y le hundió a Juana un machete entre las piernas. Un machete desenvainado de un tirón arrasando la funda.

Juana fue cortada en pedazos. Los presentes recibieron partes de su cuerpo lanzadas como un juego feroz y divertido al mismo tiempo. Que se reciba un hígado arrojado como una piedra parece ahí un acto natural. Debe entenderse como escarmiento, amenaza y advertencia final.

–Ahora, gritó otro oficial, a ocuparse de los otros, esos de la tercera columna. Un grupo mantenido a raya en la espesura es obligado a rastras a ubicarse en el medio del escenario de la entrada. Uno de ellos se santigua. Parece salido desde el fondo de un cuadro de Brueghel.

Ya se sabe lo qué harán con ellos. El avión espera detenido en un claro nimbado de plata. Metieron a cada hombre, a golpes de culata, en una bolsa de arpillera. Acabada la faena y ya en pleno vuelo, cada bolsa será lanzada al vacío teniendo en su interior un feto humano.

La cabeza de Julia había rodado hasta el borde inferior de los barrotes. Yo me acerco al portón, introduzco las dos manos entre los hierros y con gran cuidado le cierro los ojos.

XX

Suspendida en el espacio de las constelaciones, rodeada del fulgor vegetal, la iluminación de la luna cubre el amplio espacio donde el ínfimo viento de la noche apenas mueve las hojas.

En un fondo, de cierta manera convertido en piedra, pienso en mí mismo descuartizado en mil pedazos, con el terror persiguiéndome hasta el final del abismo.

–Es una tierra pacífica –le recuerda Luis.

–Un paraíso, aunque nosotros seamos el infierno – contesté yo.

Me pregunto si es esta una historia. O remenderos más bien con diez diferentes costurones; al parecer, una suerte inconexa de historias que podrán hilvanarse en vigilias expectantes. En esas duermevelas donde cada cual se enfrenta con sus máscaras. Pero ¿qué es lo que buscás? ¿Qué extraños caminos preferís para

decir lo que tenés que decir? Ya está todo dicho. No hay otro horizonte.

El portón se cubrió de una lluvia intensa. Después surgió un resplandor que resquebrajó la calle, descascaró los muros. Me puse un sombrero para amortiguar el solazo en el rostro. Aun así, el calor se metió en todos los rincones con la furia de un horno destapado.

La policía con sus veinte caballos embistió a cuanta gente encontró, dejando los cuerpos diseminados en la calle. Algunos se metieron en los negocios que seguían con las persianas abiertas.

Muchos parecen muertos, ni se mueven. Las moscas se nutren de los jugos que las bocas dejan salir. De cada párpado cuelgan pequeñas lágrimas; avispas o moscardones diminutos saltan de uno a otro succionando con una rapidez congelada una gota de sudor.

Un Dodge amarillo cruzó la calle. En la esquina, alguien demorado levantó la mano. –¡Taxi! –gritó.

Pero fuimos Julia y yo los primeros en abordarlo. Metros después, el auto se detuvo y abrió sus puertas. El chofer quiso echarnos, pero Julia le puso en su lugar de un carterazo. Arrastró el cuerpo hacia el fondo para dejarme sitio. El asiento era de plástico, muy grasiento y sobado .

Me dejé caer dentro de ese pozo con la certeza de entrar en un sitio tranquilizador, en un baño lunar después de un pesado trabajo de tinieblas.

El Dodge arrancó, un ruido entrecortado fue dando chufos, sus ruedas pegadas al asfalto rechinaron. En una humareda desapareció el portón.

Julia desarrugó la falda y en un gesto de cansado animal palmípedo se aseguró con el cinto. Movía el traste desajustado del tronco principal. El taxi se detuvo frente a la vidriera que exhibía símbolos patrios, fotos de militares, fundadores de partidos políticos, guerreros, héroes desposeídos de inteligencia.

Un guardia, sentado en una silla recostada contra la pared, se introdujo con unción el dedo en las narices

de donde extrae cosas que va ubicando en el parante horizontal del respaldo.

Me dejé otra vez caer en el pozo: crucé los arcos que dan al patio de atrás, desde donde se descolgaban cien palomas. El frío atacaba y endurecía las orejas. Un arabesco de piedras, hojas, escudos, personajes, atentaban contra la niebla que iba desdibujando todo con ayuda del viento y la bruma que salían del río. Sentí que caminaba sobre la tierra mezclada de fino pedregullo.

Al caminar arrastré los pies sobre la arena blanca y pastosa. El sonido de la suela aplacaba al pisar el corazón que se desbandaba.

El río bordeaba con sus burbujas negras, de pequeñas olas, el gris de la bahía. A cada tanto, un ave unía sus márgenes.

XXI

Ahora ya estoy viejo; descubro en el rostro de esa niña que está cerca del portón el rostro de Julia. Una cara regordeta debajo de una boina vasca.

Un abrigo de invierno, de terciopelo rojo con borde de piel. Unos ojos que se exhiben con su ternura y su trasparencia. Aún no ha conocido a Leonor. Aún no la odia. No ha descubierto tampoco la fragilidad. Sabe ya de su amor por Mario, que, de alguna manera, niega u oculta. Es sólo mi pequeña hermana en el encanto.

Ahora comienza el año lectivo, la época escolar. Llevo a Julia tomada de la mano izquierda con cierta seguridad, pensando que va a deshacerse en llanto. Nos separan sólo tres años, pero parecen siglos.

–Andá –digo–. A dibujar. –La empujo suavemente y la introduzco en la guardería. Ella, sin chistar, se presenta ante compañeros y profesores: –Acá estoy – dice sobresaltada.

Regreso en un automóvil que recorre la calzada de norte a sur. Voy acompañado del chirrido del tranvía, la línea dos, que viene del Belvedere; éste se desliza por una calle en declive, pasa por un mercado y desaparece. Cuando uno desciende en coche por España, el automóvil trepa sobre los rieles del tranvía equilibrándose desde Padre Cardozo hasta Brasil. El empedrado es un martirio.

Laura surge del coche con su vestido de seda rosa y su sombrero de paja florentina. Un capitán con cara retardada le abre la puerta al llegar a la esquina. Es la mujer de Ricardo, mi hermano mayor, que por fin se acomodó al régimen.

Al bajar se le tranca el ruedo de la falda, el chofer la ayuda a salir del auto.

Un murmullo de estupor recorre las líneas militares alrededor de la comisaría. Laura sonríe sin mirarlos. Cientos de rostros llenos de asombro la contemplan.

"A veces no sabemos dónde encontrar las respuestas", pienso.

Un encaje de tul cubre los ojos pícaros y oscuros de Laura. Nadie se imaginaría en qué mujerzuela se convertiría de vieja.

Un tul de otras nubes persigue su soberbia como detrás de un vidrio protector, dentro de una caja con mariposas secas clavadas.

Los soldados levantan el rostro, la observan cuidadosamente mientras cantan el himno nacional. Yo permanezco de pie al lado de Laura. Para espantar un insecto, ella se lleva la mano a la frente, donde baila con resplandores de libélula una gran piedra celeste.

Algunos despliegan sus paraguas. La lluvia mansa cae imperceptiblemente. En el piso alto de la esquina, un fulgor se enciende en alguna ventana. Sombras de seres sobre las paredes, moviéndose. Una detrás de otra. Gestos y voces que salen por el vano y naufragan en el mar sin fondo de la calle.

"Lo intenso de la vida es lo que crea el disimulo", piensa Laura, o creo que piensa.

Los cientos de ojos que la observan eyaculan lagrimones espesos, mientras ella cierra los párpados con cierta ternura.

XXII

Al abrirse el portón no es posible imaginar todo ese espacio vacío; éste, inmediatamente se carga de extraños contenidos y es innegable que todo deba ser representado allí para volverse real. Un postigo escamotea la imagen de un hombre. El hombre que ya no es joven escribe en un cuaderno una historia que no puede concluir. Está fastidiado y triste; sabe, sin embargo, que todo es efímero, comenzando por él mismo. Abre la ventana de un golpe y grita:

–Alguien saldrá herido al final. Piensa en las cosas que no enfrentan la muerte. Tiene la voz de otro, de un ser al que le han arrancado las cuerdas vocales. El sonido salvaje de un animal poseído, de pronto, por la conciencia y el fragor de una máquina de escribir. Otro hombre, a quien torturaron hasta convertirlo en un guiñapo postrado en el suelo pregunta: –¿Este era el destino? ¿Naciste para esto? –Los dos se hallan prisioneros desde no se sabe cuándo.

Una forma sin forma sale por la ventana, un seudópodo tantea la fachada. Dice: "Te acordás de Hamlet, pueden sonreír y sonreír y sin embargo ser unos perfectos villanos". "Me alegró mucho verles". –¿Quiere usted comprar la casa? –No está en venta.

–Puede que esté tratando de realizar un negocio. Con hablar no se pierde nada.

–¿Qué podemos hacer si me han sustraído la alegría?

–Sí, aunque te has abarrotado con la pasión y la verdad.

–Pero si te has mentido siempre. Abre un pequeño libro, comienza la lectura: Yo trato de recorrer el espacio con el movimiento de un dedo descarnado que busca descubrir algo, aun en esta bóveda vacía. Alguien abre la boca y por ella sale un olor nauseabundo. Que de alguna manera es el hedor del ser humano. Otro sopla sobre la ventana con una mano de viento. El libro cae al suelo.

Abajo, en los sótanos de esta casa que oficia de cárcel, ahora convertida en un ámbito sepulcral, se vive acumulando huesos y cenizas de desconocidos cuyas historias nadie sabe o son alteradas u ocultas. De tumultuosos corazones latiendo en esta forma de relatar las deshilvanadas cuestiones, surge un sonido de asteriscos reventando en la oscuridad.

De tanto en tanto, se escuchan golpes insistentes y acompasados. Un pequeño pico arremete contra el muro perforando un agujero con la medida exacta para dejar pasar el cuerpo de un hombre. –No te detengas, salgamos –murmura el uno al otro detenido detrás de él.

Aquél se halla en esa encrucijada que ya sólo admite el olvido. Le han apaleado hasta el cansancio y le metieron tres días en la pileta.

Los dos han cavado un túnel bajo tierra durante dos años.

Cuando se miran, ya no se ven. Apenas se tocan en medio del polvo para cerciorarse de que avanzan. El de atrás pone la mano sobre el hombro del que está

adelante. Apenas susurra: "No puedo seguir". Se deja caer al lado y sin decir palabra mira a su compañero que se acerca y avanza hacia la salida. Exhibe los ojos bravos del que llega al final. Aunque tenía el rostro de un maleante, jamás cometió delito alguno. Los brazos se le enervan en venas agresivas que le causan un temblor inenarrable. Aun así, a pesar de esa imagen de fortaleza, su cuerpo era agredido por un espasmo de fiebre. Los látigos le dejaron surcos que le dibujaban en la espalda un intrincado cruce de líneas. Lo habían tomado preso hacía diez años. Nunca vio desde aquel día la luz. Tenía las pupilas blancas, de animal nocturno. Había perdido toda resistencia.

–¡Corre, vuela! –logra emitir con el último gemido. El otro salta hacia el círculo de balaustradas y un buen rato queda colgado allí. Se niega a despedirse.

–Mejor salgamos a la esquina, al frescor –dice vanamente, ya que para el otro, escapar es imposible. –Por lo menos el frío nos mantendrá alertas. –Sale.

En la calle, alguien lo vigila con el ojo fijo de un pájaro carroñero. Se detiene frente a él; pero no lo reconoce.

Todo resucita en él. Se ve recompensado, ya que este otro hombre fue su compañero de prisión hace tanto tiempo; presiente que nunca podrá olvidarlo. Lo apunta con un dedo y le dice al oído susurrando:

–Querés venir a visitarme algún día? –Sabe que el pretexto es vulgar y tonto. Pero siempre sirve para el caso.

Aquí el portón se cierra rápidamente con un movimiento espasmódico. Un sonido fugaz surge en dirección contraria al río y al pasar rayando la tersura del aire deja bien visible una cinta de vidrio. El hombre se escabulle de un salto y huye.

Yo estoy junto al portón atascado en su justo medio. Hubiera sido fácil decir al fugitivo: –¡Venga, entre aquí! –Pero algo me detuvo. No podía interferir el pasado. No sé si fue por la densidad del viento bajando pesado sobre los techos. O el oscuro nubarrón

pestífero que me aplastó de repente. O el pedazo petrificado de un viento, mejor, de una bruma que no acababa de esfumarse. Una parodia que se repite relatando siempre los mismos sucesos. Me sentí desfallecer. Quería volver a verlo. Era mi padre. El que se negó a vender la casa.

El hombre descalzo huyó casi como suspendido sobre las cosas. Eran las tres y media de la madrugada. O quizás un poco antes. No se puede precisar. Pero retrocedió el pie hasta el primer escalón y tocó la puerta. Ésta crujió. Los goznes cedieron con un suave chillido y quedó quieta.

La puerta llevaba una inscripción: "Entrada de trabajadores", en la que faltaban la n y la o. Alguien escribió más abajo una letra p. Un pequeño agujero dejaba pasar un cordón que pendía sobre la placa. Al ser estirado podía levantar el pestillo. Desde allí vi al hombre que surgió de la nada y se zambulló en la niebla. El hombre desapareció.

Sin moverme presencié esta escena. Mi padre cruzó la calle y se echó al pasto. A una distancia de tres

metros. Se oyó el aullido de su pecho. El hostil olor de sus axilas, el brillo de su piel. Se mantuvo acuclillado media hora pegado a la puerta. Yo también. Hubiera sido fácil decirle: "Vení, ésta es una puerta". Pero no dije nada. Le sostenían la oscuridad y el miedo. Me temblaban las piernas. Nada se podía modificar.

Al fondo apareció una sombra. No, eran dos sombras. El fugitivo no esperó más. Se desplazó agachado hacia la próxima calle. Al levantar el torso recibió un balazo y cayó de costado. Muy lentamente. Ahí aproveché el momento para entrar. Ignacio, dormido adentro, roncaba. Había dejado la lámpara que arrojaba suavemente una larga mancha oscura sobre su rostro. No se acostó. Arrimado al camastro guardó la misma posición durante toda la noche. Lo que quedaba de la noche.

Al recibir el penúltimo papel, esa misiva repetitiva, con idéntica amenaza, sospeché, por fin, que fuera escrita por mi propia mano. Una mano solapada que se pasó inventando historias, algunas quizás ciertas. Entreverando palabras acuciantes. Imponiendo penas

y castigos. Venganza del pasado acusador, por lo que ahora ya no podrá conocerse la verdad. "Si ella existiera", me dije.

XXIII

Nadie diría, pienso, que esta construcción diseñada con tanto esmero quedaría abandonada, sin dueño, enfrentada a un paisaje a medias escamoteado por cuatro muros. Cuento con los dedos. Agacho la cabeza dos veces. Soy yo parado en el centro del patio.

Del sitio del portón salió Ricardo con traje y sombrero. Me pidió que le escribiera una declaración delatando a mis compañeros, tal cual lo ha hecho Aníbal o Sergio, "compinches, que han sido menos duros que yo y se han mostrado muy complacientes en ese sentido".

Observé a Ricardo con el rabillo del ojo, bebiendo el efluvio del aire al salir a través de sus párpados. No pude reconocer a mi hermano, se había convertido en mi enemigo.

Me sentí lejano. Alcé el rostro con una sonrisa entre cínica e inocente, adjetivos que son de alguna manera correlativos. Recurrí al silencio.

–Ya no sé escribir –contesté, sin embargo.

Ricardo me recordó que tenemos un punto en común: Julia. ¿Podría él utilizar esa vía? Yo me negué a hablar.

–Una mujer es siempre más vulnerable –dijo.

Pero no es esto lo que deseé recordar. Sentí un dolor que me nubló la cabeza. Un dolor hecho de mil cuchillos. Padecía de ese ritual repetido, de ser blanco de algún prestidigitador.

–¿Me pedís la traición? –mi voz apenas era audible.

El rostro de Ricardo me devolvió, como en un espejo, la blancura del mármol, sin mover un músculo.

Pensé la traición como un pájaro negro que sobrevuela sobre un cadáver. Esta imagen me sumió en un dolor cavado en un pozo. No habría forma de consolarme, ya que no tenía la posibilidad de llorar. Lo miré casi sin fijar la vista. El rostro de mi hermano se fue tornando cruel, violáceo. Algo oscuro invadió todos sus poros.

–Sos un ser miserable –volví a decir.

No le conté que Julia había partido para unirse al movimiento que avanzaba desde el sur. Lo oculté como si hubiera tragado un pedazo de piedra.

De pronto es otra escena. Me oigo decir: "Prefiero no ir a ninguna parte".

Luis, que se especializa en acudir aun cuando no es llamado, cerró el cuaderno y se tendió en la sombra. Más allá de la noche, un enorme fantasma se debatía entre los pliegues y las arrugas de la niebla. Un rayo dividió el telón de fondo y lo partió en dos arrojando de sí todos los bosques; el sendero hundió su cinta de arena en la espesura.

–Necesito atravesar el pantano –dije.

–El lodazal está plagado de muertos –replicó Ricardo.

Una réplica que inmediatamente se vio reflejada en una pared blanca en donde se habían clavado innumerables paños y pedazos de algodones ya secos de sangre. Tachonadas en hileras separadas

simétricamente, estos pequeños esparadrapos se acompañaban con nombres, color de pelo, edad y fotos. Ricardo se paseaba de un lado al otro ordenando a Pedro, su hijo, que hiciera el registro de estas muestras que habían sido tomadas en la ocasión en que fue probada la chica. A los muchachos se les reservaban pruebas de diverso cuño: se les medían los tamaños de sus partes, la duración de las erecciones y las veces que en cada sesión eran capaces de llegar al orgasmo.

Los nombres de todos ellos eran anotados en un gran libro de entrada para ser repartidos entre políticos, altos comerciantes y gente del ejército y la policía, de acuerdo a sus gustos y requerimientos. Pero la luz se apaga cuando Pedro vocifera a su padre algo que no se alcanza a oír.

La música continúa, es la misma. Se desplaza en el aire con el sonido profundo del acordeón y se mezcla con los otros sonidos.

Avanzo totalmente sonámbulo hacia Luis y le digo al oído:

–Ya no regresaremos.

–Sí –me contestó. En cuanto concluya la obra. ¡No ves que es el último acto, el esfuerzo final!

–¡Pero el último es el que lo destruye todo! –afirmé.

–No, el último coincide con el nacimiento. Cuando este lugar sólo era un cielo sobre un montón de árboles sosegados. Cuando desde el aire diáfano se desplegaba la ferocidad del trueno, el aguacero caía formando verdaderos raudales y las ramas desgajadas flotaban en la superficie sanguinolenta.

¿Se escurrirá todo hacia abajo?: ¿tendrá la potencia para arrastrar estos muros por el cañadón hasta el fondo del río? Ahora ya no queda nadie que pueda contestarme. Ni mi boca recupera su voz y la mirada se hunde en un torbellino de nubes azotadas por una tormenta.

XXIV

–Para tu estilo bastante exagerado está bien –me espetó desde el techo Luis, rojo de quemaduras y llagas.

–¡Y qué! –le respondí caminando por el patio. El portón cerrado, momificado por sus cuatros costados. Ya he terminado. Se aclara a sí mismo. ¿No se puede inmovilizar un portón? ¿No es posible trancarlo, imponerle la quietud?

–Sin embargo –gritó, sos demasiado testarudo. Oye desde arriba. Desde atrás del silencio.

–¡Qué disparate! –pensé, recurriendo al desprecio para desembarazarme de la ternura. O me disfracé para permanecer impávido.

–¡No querés entender nada!

Luis, en un arranque infantil, otorgó al tono de su voz un dejo de animal herido: –¿Cómo vas a cerrar esta historia?

–Ya lo verás –contesté.

La figura de Luis se retira en la sombra. Yo llevo atrapado en la mano derecha el control remoto del portón. Asumo la voluntad de activarlo en un gesto de potestad efímera. Aún no puedo predecir la forma final. Oigo el motor y la frenada imprecisa de un automóvil destartalado. El revólver surgió por la ventanilla del coche apuntándome directamente. Desde un rostro cubierto rugió una voz: "¡Hay que acallarlo! Es una orden".

Sobre el techo, con los brazos en alto, Luis desde un túnel oscuro vuelve para avisarme que este cuadro final en el portón de la casa no es algo imaginario, ni una visión irreal, como todo ese recuento en que ocupé mi mente. Con aparente serenidad, acostado sobre las tejas, abre los ojos para mirar. Yo alargo la mano y hago accionar el control. El portón se abre con una lentitud exasperante. Frenado por una pesada tristeza. Se desplaza con una suavidad de telón cuya rigidez le otorga un aire ritual. Por el espacio que va agrandándose penetran tres o cuatro policías. A trompicones. Una linterna me enceguece los ojos. Me

cubro la cara y me hago a un lado. Luis ha saltado a tierra; quiere explicar, con una aparente calma que esconde su ansiedad intolerable, que eso no es un recuerdo. Que lo que está sucediendo, está sucediendo. En esa misma hora, en el momento en que se está en ese momento. Que es tan real esa pistola que el hombre dispara sobre mi rostro, que ya no ve, siquiera, el portón de par en par atravesando la oscuridad bajo una luz cobriza. Yo lo tomé desde el principio con un aire juguetón algo siniestro pero el juego debía acabar. Siento la necesidad de exponerme y no ofrecer resistencia. Clausuro las puertas dentro de mí mismo, enturbio los ojos impidiendo ver mi interior. Escapo de todas las miradas obscenas. Apenas tengo tiempo de tocar con la mano trémula una petunia salvaje que se oculta entre el pasto. –¿Terminaste? –Es obvio. El arma vacía su contenido. Las balas traspasan mi cuerpo y la tierra va recibiendo esas puntas de acero con el bisbiseo de una lluvia sobre la arena calcinada. Brotan policías de los cuatro lindes con ametralladoras, como en la parroquia de San Cristóbal. ¿Es posible superar

el espejismo de estos treinta y cinco años? Con la muerte. ¿Sólo con la muerte? Yo recobro en ese instante la tranquilidad de mis manos, que de seguro se acostumbrarán a la quietud, a la calma sin ademanes ni caricias; recobro mi zapato, el lado que huyó; la memoria anidada en mi cabeza; la boca crecida al lado de la otra que se atraganta las palabras. El *Réquiem* de Mozart. Esa música que exalta la voz por encima de los límites del tiempo. "Cuando fuiste niño soñaste con el paraíso", oigo.

Saltando sobre los arbustos, los perros acuden lanzados en una jauría infernal, con sus ladridos sin pausa, que fueron acallados, de a uno, por certeros disparos. Cayeron sobre el pasto con los pelos erizados, las fauces abiertas. Quietos, irremisiblemente quietos. Con la sangre borbotando sobre el pasto.

–Todo está controlado, ahora a cerrar el portón, que lo tapien sin dejar un resquicio. Que alcen el muro a la altura de los otros, y los unan hasta llegar al mismo nivel con el contorno.

Ordenan a un preso arrojar mi cuerpo en la parte de atrás, en el pantano, que ya tiene de por sí un fétido olor. No se le agregará gran cosa.

Un policía de urticante humor encuentra el zapato perdido. Corre con él alzándolo por encima de su cabeza y lo arroja al mismo sitio en un simulacro de juego de balón. Mis labios succionan, en su primer bocado, parte de mi boca. Ese momento, era el momento de partir.

Había amanecido. El portón se hallaba cerrado y en total silencio. No había nadie. Sentí una tranquilidad virulenta. Me levanté y con suaves pasos me dirigí a la casa. El murallón había desaparecido. El paisaje lucía su frescor de siempre. A la izquierda, en la pequeña pendiente, sangraban aún, amontonados, los cuatro perros muertos.